

ROBERT BADEN-POWELL



Guía para el Jefe de Tropa

Aids to Scoutmastership

1919

EDICIÓN REVISADA

Guía para el Jefe de Tropa

(Aids to Scoutmastership)

ROBERT BADEN-POWELL

Guía para el Jefe de Tropa. (Aids to Scoutmastership)

© 1919 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprescout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1919

Índice

Nota sobre esta edición	7
Nota sobre el contexto histórico	9
Introducción a esta edición	11
A manera de prólogo	13
Introducción a la primera edición	15
Parte I. Cómo formar al muchacho	19
1. El Jefe de Tropa	21
2. El muchacho	29
3. El Escultismo	41
Parte II. De scout a ciudadano	61
1. Carácter	63
2. Salud y vigor	85
3. Artes manuales y destreza	109
4. Servicio al prójimo	123
5. Resumiendo	133

Nota sobre esta edición



GUÍA PARA EL JEFE DE TROPA ES LA VERSIÓN EN ESPAÑOL DE *Aids to Scoutmastership*, obra de Lord Baden-Powell of Gilwell, fundador del Movimiento Scout, que apareció por primera vez en inglés en 1920. Esta traducción sigue la edición mundial preparada por John S. Wilson, cuya introducción se incluye, con la redacción en inglés de William Hillcourt. La publicó la Dirección Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A.C., con motivo del 75 aniversario del Movimiento Scout; en ella no figura el nombre del traductor. Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido. El esquema de la formación scout que acompaña al capítulo 3 se reproduce en forma de tablas, y los textos que el original destacaba en recuadros aparecen como citas.

Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Introducción a esta edición



LA ASOCIACIÓN DE SCOUTS DE MÉXICO, A.C., VUELVE A PUBLICAR la obra de Baden-Powell titulada *Guía para el Jefe de Tropa* para que la generación actual de dirigentes scouts tenga la oportunidad de reflexionar sobre las ideas del Fundador acerca del papel del dirigente scout. La edición se basa en la de la Hermandad Mundial, y se ha considerado conveniente publicar la introducción que John S. Wilson escribió para la primera edición. Wilson, que fue Jefe de Campo de Gilwell y director de la actual Oficina Scout Mundial, analiza de forma excelente la obra de B.-P.

Aunque los ejemplos y las situaciones de *Guía para el Jefe de Tropa* se refieren a la edad en que el muchacho puede pertenecer a la Tropa Scout, la obra resulta de gran utilidad para todos los dirigentes scouts, incluidos los de las secciones femeninas. Por eso nuestro Reglamento la incluye entre las que todo dirigente scout, sea cual sea su nivel, debe conocer.

La Asociación publica este título como un homenaje más al Fundador, con motivo del 75 aniversario del Movimiento Scout.

El Editor

A manera de prólogo



NO HAY QUE ASUSTARSE POR EL GROSOR DE ESTE LIBRO.

El Escultismo no es una ciencia abstracta ni difícil; al contrario, es un juego alegre si se aborda por el lado bueno. Al mismo tiempo es instructivo y, como la misericordia, beneficia tanto al que da como al que recibe.

La palabra «Escultismo» ha llegado a significar un método para formar ciudadanos mediante juegos adaptados a la naturaleza de los niños.

En este mundo, las niñas tienen mucha importancia, porque cuando las madres de la nación son buenas ciudadanas y mujeres de carácter, se ocupan de que a sus hijos no les falten esas mismas cualidades. Tal como van las cosas, la formación se ha vuelto indispensable para ambos sexos, y se imparte mediante las actividades de los Scouts y de las Guías. Los principios son los mismos para los chicos que para las chicas; la única diferencia está en los detalles.

En una de sus novelas, el escritor inglés A. S. M. Hutchinson sugiere que lo que la juventud necesita es un ambiente sano. Pues bien, ese ambiente se lo da el Escultismo, y es el mismo que Dios ha puesto al alcance de todo el mundo: aire libre, felicidad y la oportunidad de ser útil.

Sin duda, el Jefe de Tropa que inicia a sus muchachos en las actividades del Escultismo asume el deber de compartir esa misma felicidad y esa misma utilidad. Descubre que ha emprendido una tarea mucho más elevada de lo que imaginaba al empezar, porque se da cuenta de que presta un servicio a Dios y a la humanidad, un servicio que merece que le dedique toda su vida.

Quien espere que este libro le muestre los peldaños para subir hasta la cumbre de una sabiduría perfecta se llevará un desengaño.

Mi propósito es sencillamente esbozar, a modo de sugerencia, lo que a nosotros nos ha dado buenos resultados y las razones que lo justifican.

Una persona pone en práctica las sugerencias que se le hacen con tanto más empeño cuanto mejor entiende su finalidad.

Por eso, gran parte de estas páginas tratará sobre todo del porqué de cada paso, y no de sus detalles. Los detalles podrá deducirlos el principiante con ayuda de su propio ingenio y según el ambiente que lo rodee.

Introducción a la primera edición



POCO ANTES DE QUE ESTALLARA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, Baden-Powell había preparado y dirigido un curso para Jefes de Tropa. Para impartirlo, redactó unos apuntes sobre la formación de muchachos mediante el Escultismo. Terminado el conflicto, alguien le sugirió que esos apuntes bien podían publicarse como libro. Los revisó a la luz de la experiencia adquirida, porque la guerra había sido, de mil maneras, una prueba para la formación scout, y así, en 1920, apareció la obra, escrita originalmente en inglés con el título de *Aids to Scoutmastership* (*Guía para el Jefe de Tropa*).

Ese mismo año se celebró en Londres el primer Jamboree mundial scout, con el fin de fundar y estimular la fraternidad mundial de los scouts. En aquella reunión, Baden-Powell fue aclamado espontáneamente como Jefe Scout del Mundo, un honor que él siempre consideró el más alto de cuantos había recibido.

Diez años después se publicó una edición corregida de *Aids to Scoutmastership*, y a mí me cupo el honor de colaborar en su preparación. Baden-Powell me pidió que trabajara con él porque, como Jefe de Campo del Parque de Gilwell, era mi deber, y también mi satisfacción, seguir y explicar las sugerencias y los consejos de este libro en la formación práctica

de los Jefes de Tropa. Había, además, otro vínculo que por entonces unía todavía más al Jefe Scout con el Parque de Gilwell. En 1929, cuando el Escultismo alcanzaba su mayoría de edad —por así decirlo— y se celebraba el tercer Jamboree mundial scout, se concedió al Jefe Scout un título nobiliario del Reino Unido. Por recomendación del Comité Scout Internacional, el Jefe Scout añadió a su nombre el título de Lord y el de Gilwell, y pasó a llamarse Lord Baden-Powell of Gilwell, puesto que el Parque de Gilwell había sido reconocido como centro internacional de formación scout. Por otra parte, tanto los miembros del Comité como el propio Jefe deseaban destacar que la distinción concedida por la monarquía británica honraba a toda la Fraternidad mundial de los scouts.

Las partes principales en que se dividían ambas ediciones de la obra se basaban en un cuadro ideado por el Jefe Scout, en el que analizaba las cualidades propias de todo buen ciudadano y las prácticas del Escultismo que las inculcan. Como tenía por costumbre, Baden-Powell revisaba una y otra vez su material, empeñado en presentarlo en el lenguaje más claro posible. Uno de los frutos de esa revisión constante fue una versión muy simplificada del cuadro, el *Esquema de la formación scout*, que incluyó en su autobiografía *Lecciones de la universidad de la vida* (*Lessons from the Varsity of Life*).

La edición mundial de esta *Guía para el Jefe de Tropa* se ciñe a este último análisis. El material de las primeras ediciones se ha adaptado ligeramente para ajustarlo a él, y se han cubierto algunas lagunas con párrafos tomados de otras obras de Baden-Powell. Dado que esta nueva edición pretende pasar del ámbito nacional al internacional, se han evitado las referencias a ciertas prácticas educativas inglesas, muy en boga en los años veinte, que ya no son pertinentes ni oportunas. La redacción en inglés corrió a cargo, con toda competencia, de William Hillcourt, miembro del equipo de redacción de los Boy Scouts de Estados Unidos, quien a lo larg-

o de su vida scout ha seguido con constancia y orgullo el sendero que abrió B.-P.

Nos complace dejar constancia de nuestro agradecimiento a Lady Baden-Powell, que con generosidad ha dado su consentimiento y su apoyo para que pudiera prepararse esta edición.

Mi convicción firme es que el Escultismo, en todo el mundo, necesita volver a la idea original y sencilla de que es un juego que ayudará al muchacho a desarrollarse por sí mismo con la menor intervención posible de los adultos. Si quienes hemos asumido el alto cargo de dirigirlos nos proponemos **recordar cuando éramos muchachos**, en nuestra vida diaria y en todas nuestras actividades scouts, haremos mejor nuestro trabajo y obtendremos mejores resultados. Para conseguirlo, no hay mejor ayuda que la que ofrece la Fraternidad Scout, que es en sí misma una fuerza poderosa para fomentar la buena voluntad y el entendimiento, no solo dentro de cada nación, sino también entre las naciones.

Con esta convicción sale ahora a la luz la presente edición de *Guía para el Jefe de Tropa*. Abrigamos la esperanza de que contribuya a mantener vivo el verdadero espíritu del Escultismo, tal como lo concibió su Fundador. Nuestro deseo es que ayude a los Jefes de Tropa de todo el mundo a comprender los fines y los métodos de nuestras actividades.

J. S. Wilson

Parte I. Cómo formar al muchacho



1. El Jefe de Tropa





El Jefe de Tropa guía al muchacho con el espíritu de un hermano mayor.

Como palabra de ánimo para quienes aspiran a ser Jefes de Tropa, quisiera desmontar una idea equivocada muy extendida: que para brillar como Jefe de Tropa hay que ser un émulo del admirable Crichton, es dec-

ir, un sabio. Nada de eso. Lo que sí hay que ser es un hombre-muchacho, es decir:

1. Tener espíritu de muchacho y saber, antes que nada, ponerse a su altura.
2. Conocer las necesidades, las perspectivas y los deseos propios de cada edad del muchacho.
3. Tratar a cada muchacho individualmente, y no en conjunto.
4. Fomentar el espíritu de cooperación para obtener los mejores resultados.

En cuanto al primero de estos puntos, conviene saber que el Jefe de Tropa no tiene que ser ni maestro de escuela, ni oficial al mando, ni director espiritual, ni tampoco instructor. Lo único que se necesita es saber disfrutar del aire libre y sacarle provecho, compartir de verdad los anhelos de los muchachos y tener el tino de encontrarles a otras personas que los encaminen en la dirección debida, ya se trate de señales o de dibujo, del estudio de la naturaleza o de la exploración.

Tiene que hacer de hermano mayor, es decir, ver las cosas desde el punto de vista del muchacho, aconsejarlo y guiarlo por el buen camino contagiándole entusiasmo. Como un verdadero hermano mayor, debe valorar las tradiciones de su familia y procurar que se conserven, aunque para ello tenga que mostrar mucha firmeza. Eso es todo. El Movimiento es una hermandad alegre, y lo es todavía más porque en el juego del Escultismo se hace una gran obra por los demás: combatir esa lacra que es el egoísmo.

Respecto al segundo punto, diremos que hay muchos manuales que tratan de las sucesivas etapas de la vida del adolescente.

En cuanto al tercer punto, la misión del Jefe de Tropa —muy interesante de por sí— consiste en conseguir que el muchacho muestre sus sentimientos más íntimos y en enterarse, con delicadeza, de lo que anida en su alma. Una vez logrado esto, debe agarrarse a lo bueno que hay en él y desarrollarlo hasta que desplace a lo malo. Por malo que sea el carácter de una persona, siempre tiene un lado bueno. El juego consiste en acertar a descubrir esa buena semilla, cultivarla y abonarla para que dé fruto en abundancia. Esto no es instruir la mente joven: es educarla.

En cuanto al cuarto punto, en la formación scout el Sistema de Patrullas es la expresión de conjunto de la formación individual, y en la práctica pone de manifiesto todo lo que se le ha enseñado al muchacho.

El Sistema de Patrullas encierra también, si se sabe aprovechar como es debido, un valioso elemento para la formación del carácter. Anima a cada muchacho a asumir alguna responsabilidad personal por el bien de su Tropa. Lleva a cada Patrulla, o a cada Tropa, a ocuparse de cumplir alguna misión bien definida que sea provechosa para la Tropa. Al captar este espíritu, el Jefe de Tropa está en condiciones de juzgar no solo su propia instrucción, sino también sus ideas sobre la perspectiva moral de sus scouts. A la luz de ese espíritu, el propio scout va comprendiendo poco a poco que tiene voz y voto en lo que hace la Tropa a la que pertenece. El Sistema de Patrullas convierte la Tropa, y con ella todo el Escultismo, en un esfuerzo verdaderamente cooperativo.

El deber del Jefe de Tropa

El éxito del Jefe de Tropa en la formación del muchacho depende en gran medida de su ejemplo personal. Es fácil convertirse en su héroe, igual que lo es ganarse el papel de hermano mayor. A medida que nos alejamos de

nuestra juventud, vamos olvidando la enorme capacidad que tienen los jóvenes para admirar a sus héroes.

El Jefe de Tropa que es un héroe para sus muchachos tiene en sus manos una palanca poderosa para su desarrollo, pero eso también le impone una seria responsabilidad. Los muchachos no tardan en descubrir cualquiera de sus rasgos, por pequeño que sea, tanto si nace de una virtud como de un defecto. Su afán innato de imitar hace que se apropien sin darse cuenta de sus gestos, de sus modales, de su ceño fruncido, de su alegría radiante o de su mirada impaciente, de su voluntad para disciplinarse o de sus flaquezas morales... El muchacho no solo se fija: imita.

Por lo tanto, para conseguir que cumplan en todo el espíritu de la Ley Scout, es preciso que el Jefe de Tropa la observe escrupulosamente en todos los actos de su vida. Así, le bastará apenas una palabra para que los muchachos sigan sus indicaciones.

La tarea del Jefe de Tropa se parece al golf, a la siega y a la pesca con caña. Si uno se precipita, no llega a ninguna parte; ni siquiera hasta donde llegaría avanzando con desgana... Pero hay que actuar. De nada sirve quedarse quieto. La alternativa es avanzar o estancarse. Así que avancemos... y hagámoslo con alegría.

Lealtad al Movimiento

El Jefe de Tropa debe recordar que, además de su deber particular hacia sus muchachos, tiene otro deber general hacia el Movimiento. Nuestro propósito de convertir a los muchachos en buenos ciudadanos busca el bien de la nación, que así podrá contar con hombres viriles y dignos de confianza, cuya concordia y rectitud la mantengan unida en el interior y en paz con sus vecinos.

Puesto que tienen el deber de enseñar la abnegación y la disciplina con la práctica y con el ejemplo, los Jefes de Tropa deben estar por encima de los resentimientos personales mezquinos y tener la amplitud de miras necesaria para subordinar sus propios puntos de vista a un ideal más elevado. A ellos les corresponde enseñar a sus muchachos a ser ecuanímenes, cada uno en su propio ámbito, como las piezas de un engranaje. Cada Jefe de Tropa tiene asignado su campo de trabajo, y cuanto más se dedique a él, mejor responderán los scouts a la formación. Y si vuelve la mirada a los fines más elevados del Movimiento, o a los efectos que tendrá su labor diez años después, sabrá valorar en su justa medida los detalles de hoy.

Cuando un Jefe de Tropa no quiere seguir concienzudamente la línea de conducta requerida, la única actitud de hombre que puede adoptar es decirlo sin rodeos a su Comisionado o a la Oficina Nacional y, si las cosas no pueden arreglarse, dimitir de su puesto. Al fin y al cabo, cuando lo aceptó, lo hizo con los ojos abiertos, y resulta extraño que, si luego no le gustan los detalles, se queje de que la culpa de todo la tienen sus superiores.

Por fortuna, en nuestro Movimiento, gracias a la descentralización y a la libertad de acción que se deja a las autoridades locales, nos ahorramos muchos de los trámites engorrosos que siempre han provocado roces y quejas en tantas organizaciones.

También tenemos la suerte de contar con un cuerpo de Jefes de Tropa de miras amplias y, en general, leales al Movimiento.

La recompensa del Jefe de Tropa

Una vez, cierta persona se atrevió a decirme que él era el hombre más feliz de la tierra, y tuve a bien informarle de que había otro más feliz todavía: yo.

No vaya a creerse que en el camino hacia esa felicidad no nos salieron al paso mil contratiempos. Todo lo contrario.

Lo que nos da el gozo completo de haberlos vencido es precisamente la satisfacción de que los obstáculos no nos acobardaron y de haber sabido soportar con determinación los pinchazos de las espinas.

No hay que esperar que la vida sea un lecho de rosas; si lo fuera, no merecería la pena vivirla.

Del mismo modo, al tratar con los scouts uno está expuesto a sufrir desengaños y contratiempos. Hay que armarse de paciencia. Hay personas que echan a perder su obra o su carrera más a menudo por falta de paciencia que por la bebida u otros vicios. Habrá que soportar con paciencia, hasta cierto punto, críticas mordaces y otros sinsabores, pero a la larga llegará la recompensa.

La satisfacción de haber intentado cumplir con el deber, aun a costa de sacrificios personales, y de haber desarrollado en los muchachos un carácter que les abrirá otro horizonte en la vida, trae consigo un premio que la palabra escrita no alcanza a describir. Haber trabajado para que no se repitan esos males que, si se les diera rienda suelta, pronto acabarían con nuestros jóvenes, da a un hombre el consuelo firme de haber hecho al menos algo por su patria, por humilde que sea su condición.

Es el espíritu que debe animar a los Jefes de Tropa, comisionados, miembros de comités, instructores, organizadores y secretarios (a todos los cuales designa con acierto, en general, la palabra «scouter») en la labor que realizan por el Movimiento Scout.

A este ejército de trabajadores voluntarios se deben la organización y la expansión del Escultismo. Es una prueba notable, aunque silenciosa, de ese delicado espíritu de patriotismo que late bajo la superficie en la mayoría de las naciones. Estos hombres dedican su tiempo y sus energías, y en muchos casos también su dinero, a organizar la formación de los muchachos.

hos sin que ni por un momento se les pase por la cabeza que merecen un premio o alabanzas por lo que hacen. Sencillamente, aman a su patria y a sus semejantes.

2. El muchacho



Miembros de la familia scout: el lobato, el scout y el rover.

El primer paso para tener éxito en la formación de un scout es tratar de conocer algo de la vida de los muchachos en general y, después, la de ese muchacho en particular.

Un médico inglés, el doctor Saleeby, dijo lo siguiente en una conferencia ante la Sociedad de Ética de Londres: «El primer requisito para

que un maestro tenga éxito es conocer la naturaleza del niño. Ni el niño ni la niña son reproducciones en pequeño de un hombre o de una mujer, ni una hoja de papel en blanco sobre la que el maestro debe escribir. No. Todo niño tiene su propia curiosidad peculiar, hija de su inexperiencia; es decir, una mentalidad misteriosa para el adulto, que necesita ayuda atinada, estímulo y moldeado, o corrección e incluso freno».

En la medida de lo posible, conviene recordar cómo pensaba uno cuando era muchacho, para entender mejor sus sentimientos y sus anhelos. Hay que tener en cuenta las siguientes cualidades del muchacho:

Buen humor. Hay que tener presente que el muchacho, por naturaleza, rebosa siempre buen humor. Puede que sea un humor algo superficial, pero siempre le permite apreciar una broma o un chiste y ver el lado cómico de las cosas. Esa actitud ofrece a quien trabaja con muchachos una ocasión agradable y luminosa para facilitar su labor, y le permite además convertirse en un compañero alegre con solo participar en la diversión del momento, en lugar de que lo tomen por un capataz.

Valentía. Por lo general, el muchacho está lleno de ánimo y no es miedoso. Por naturaleza no es quejica, aunque más adelante pueda llegar a serlo, cuando haya perdido el respeto por sí mismo o cuando se haya juntado con quejicas.

Confianza. El muchacho suele tener una confianza absoluta en sus propias capacidades. Por eso no le gusta que lo traten como a un crío, ni que le digan qué tiene que hacer ni cómo hacerlo. Prefiere probar por su cuenta, aunque se equivoque; pero precisamente al cometer errores gana experiencia y forja su carácter.

Agudeza. Raro es el muchacho que no tenga vista de lince. Es fácil enseñarle a observar, a fijarse en las cosas y a deducir lo que significan.

Amor a la aventura. El muchacho de ciudad es casi siempre más inquieto que sus hermanos del campo, por los sucesos que ve a diario en la

ciudad, como el paso veloz de un coche de bomberos que acude a un incendio o una pelea acalorada entre dos vecinos, etcétera. No es capaz de aguantar en un empleo más de uno o dos meses, porque enseguida le entra un deseo irresistible de cambiar de puesto.

Sensibilidad. Cuando un muchacho encuentra a alguien que se interesa por él, responde y va adonde se le dirige; y aquí es donde entra esa admiración por los héroes que tanto ayuda al Jefe de Tropa.

Lealtad. Es uno de los rasgos del muchacho que más esperanza deben inspirarnos. Los muchachos suelen ser amigos leales entre sí, de modo que en cada uno de ellos la amistad es casi algo natural. Es lo único que consideran un deber. Puede parecer egoísta, pero, por regla general, bajo esa superficie siente un vivo deseo de ayudar a los demás, y ese es el terreno fértil que nuestra formación scout trata de cultivar.

Si se tienen en cuenta y se estudian estas diversas cualidades del muchacho, se puede descubrir la mejor manera de adaptar la formación a sus inclinaciones. El fruto de este estudio es el primer peldaño hacia el éxito en esa tarea. En el transcurso de una sola semana tuve el placer de encontrarme, en distintos lugares, con tres muchachos de los que me contaron que, antes de que los tocara la influencia del Escultismo, eran unos rebeldes incorregibles y unos granujas de tomo y lomo. En cada caso, su Jefe de Tropa descubrió las buenas cualidades que permanecían ocultas bajo las malas, se agarró a ellas y puso al muchacho a trabajar en tareas adecuadas a su carácter. Y ahora ahí están esos tres chavales, excelentes aunque algo toscos, trabajando de maravilla y sin parecerse en nada a lo que eran antes. Solo por estos tres triunfos aislados ya estaría justificado el esfuerzo de haber organizado las Tropas.

Un artículo publicado en la revista inglesa *Teacher's World* describe así esa complicada obra de la naturaleza que es el muchacho:

A juzgar por mi propia experiencia, yo diría que los muchachos viven en un mundo aparte, exclusivamente suyo..., un mundo que se han construido para sí mismos, y en ese mundo no tienen cabida ni los maestros ni las lecciones. El mundo del muchacho tiene sus propios acontecimientos y sus propias normas, sus códigos, sus chismes y su opinión pública.

Contra viento y marea, frente a maestros y padres, los muchachos se mantienen leales a su propio mundo. Obedecen su propio código, por distinto que sea del que se les inculca en casa y en el aula. Prefieren soportar de buena gana el martirio que les imponen los adultos antes que ser desleales a su código.

El código del maestro, por ejemplo, ordena silencio, prudencia ante los peligros y buena conducta. El código de los muchachos es diametralmente opuesto: prescribe la bulla, los riesgos y el alboroto.

¡Diversión, peleas y atracones! Esos son los tres elementos principales del mundo del muchacho. Son fundamentales. Son lo que de verdad le importa, y no tienen nada que ver con maestros ni con libros de texto.

Según la opinión pública del Reino de los Muchachos, eso de pasarse cuatro horas al día sentado ante un pupitre, en una habitación, es una miserable pérdida de tiempo y de sol. ¿Alguien conoce a algún muchacho (uno normal y sano) que haya interrumpido sus juegos al aire libre para ir a suplicarle a su madre que lo deje quedarse sentado en el salón?

Claro que no. Un muchacho no es un animalito que se pueda relegar a un pupitre, ni tampoco para tenerlo tumbado. Tampoco es pacifista, ni partidario de «la seguridad ante todo», ni aficionado a la lectura seria, ni filósofo.

Es sencillamente un muchacho hecho y derecho —¡Dios lo bendiga! —, rebosante de juego y de pelea, de travesuras arriesgadas y jaleo, de observación y alboroto. Y si no es así, entonces no es normal.

Que siga la batalla entre el código de los maestros y el de los muchachos. Estos vencerán en el futuro como han vencido en el pasado. Unos pocos se someterán y ganarán becas, pero la inmensa mayoría mantendrá su espíritu rebelde, y de ella saldrán los hombres más capaces y más nobles de la nación.

¿Acaso no es cierto, como confirma la historia, que a Edison, que patentó mil inventos, su maestro lo mandó a casa de niño con una nota en la que decía que era «demasiado estúpido» para aprender?

¿No es cierto que los maestros de escuela tenían por torpes a Newton y a Darwin, que más tarde formularon célebres teorías científicas?

¿No hay acaso cientos de casos parecidos en los que el más desaplicado de la clase acabó siendo, con el tiempo, un hombre útil y eminente? ¿Y no prueba esto que nuestros métodos de enseñanza actuales no sirven para desarrollar las aptitudes de los muchachos?

¿Es que no es posible tratar a los muchachos como lo que son? ¿No podríamos adaptar la gramática y la historia, la geografía y la aritmética a las necesidades del mundo de los muchachos? ¿No podríamos traducir nuestro saber de adultos al lenguaje de su vida?

¿No tiene razón el muchacho, después de todo, en mantener su propio código de justicia, de acción y de aventura?

¿No está anteponiendo la acción al estudio, como debe hacer? ¿No es, en realidad, un pequeño trabajador asombroso que se las arregla solo a falta de una dirección inteligente?

¿No sería infinitamente más acertado que, durante un tiempo, los maestros se dedicaran a estudiar las maravillas de la vida del muchacho?

ho, que ahora intentan en vano doblegar y reprimir?

¿Para qué nadar contra la corriente, si al fin y al cabo la corriente va en la misma dirección en la que uno quiere ir?

¿No es hora ya de adaptar y ajustar nuestros métodos inútiles a los hechos innegables? ¿Por qué hemos de seguir lamentándonos de las «cosas de muchachos», en lugar de alegrarnos de la energía, el valor y la iniciativa que tan admirablemente despliegan? ¿Y qué tarea puede ser más noble y más entrañable, para el verdadero maestro, que la de encauzar con alegría las fuerzas salvajes de la naturaleza del muchacho por los caminos del servicio a la sociedad?

No hay que olvidar que, en cuanto el muchacho entra en el Escultismo, quiere empezar a explorar de inmediato. Así pues, no hay que frenar su entusiasmo con demasiadas explicaciones preliminares al principio. Satisfaced sus deseos con juegos y prácticas de exploración, y después inculcadle poco a poco los detalles elementales.



El ambiente y las tentaciones

Como ya se ha dicho, el primer paso hacia el éxito es conocer al muchacho; pero el segundo es conocer su hogar. Solo cuando se ha familiarizado con el ambiente que rodea al muchacho fuera de los scouts puede el Jefe de Tropa decidir con conocimiento de causa qué elementos debe poner en juego para influir en él.

Cuando se ha ganado la simpatía y el apoyo de los padres del muchacho, y ha conseguido que se unan a él para que el chico se interese más a fondo por la labor de la Tropa y por el objetivo del Movimiento, el trabajo del Jefe de Tropa se vuelve proporcionalmente más ligero.

De vez en cuando puede haber en el hogar malas influencias que hay que contrarrestar. Existen, además, otras tentaciones contra las que el educador del muchacho tendrá que estar dispuesto a luchar. Pero si ya está advertido de ellas, probablemente lo encontrarán preparado para aplicar métodos que impidan que hagan daño a los muchachos a su cargo, y podrá así desarrollar su carácter de la mejor manera.

El cine es una de las tentaciones más poderosas. Sin duda, las películas ejercen una atracción irresistible sobre los muchachos, y hay quienes se devanan constantemente los sesos buscando la forma de dominarla; pero resulta que es una de esas cosas que sería muy difícil frenar, aunque fuera muy deseable. Más bien se trata de aprovechar las películas lo mejor posible para nuestros fines. Siguiendo el principio de afrontar cualquier dificultad poniéndose a su lado y llevándola en la dirección que uno sigue, debemos esforzarnos por separar lo que el cine tenga de valioso y utilizarlo después en provecho de la educación del muchacho. No cabe duda de que, si no se vigila debidamente, puede convertirse en un instrumento poderoso para el mal, por simple sugestión; pero ya se han tomado medidas, y se siguen tomando, para que la censura sea más eficaz. Sin embargo, igual que puede ser una fuerza del mal, también puede convertirse en una fuerza del bien. Hoy existen películas excelentes de historia natural y de estudio de la naturaleza que dan al niño una idea mejor que la que podría formarse por su propia observación, e indiscutiblemente mejor que cualquier número de lecciones sobre la materia. La historia puede enseñarse de forma visual. Hay películas de hazañas dramáticas, épicas o heroicas, y otras de pura diversión y cómicas. Muchas de ellas muestran lo que está

mal para condenarlo y ridiculizarlo. No hay duda de que este método de enseñanza visual puede adaptarse para producir un efecto admirable en los niños, aprovechando la afición y el interés que sienten por el cine. Debemos recordar también que el cine ejerce esa misma influencia en las escuelas que ya lo utilizan para su buena labor. En el Escultismo no podemos llegar tan lejos, pero sí podemos aprovecharlo para estimular nuestros propios esfuerzos. Tenemos que presentar nuestro Escultismo con tanto atractivo que el muchacho acabe prefiriéndolo a cualquier otra cosa que pueda hacerle la competencia.

El tabaco y el daño que causa al adolescente; el juego de azar, con todo el cortejo de juergas que lo acompaña; los perjuicios del alcohol y de andar con chicas; la falta de aseo, etcétera... Todo esto solo puede corregirlo el Jefe de Tropa que conoce el ambiente al que están acostumbrados sus chavales.

No se puede corregir a base de prohibiciones y castigos, sino sustituyendo esos defectos por algo que sea al menos igual de entretenido, pero cuyos efectos sean buenos.

La delincuencia juvenil no es algo innato en el muchacho, sino que brota del espíritu aventurero que lleva dentro, de su propia torpeza o de su falta de disciplina, según el carácter de cada cual.

La mentira es otro defecto frecuente entre los muchachos y, por desgracia, una enfermedad extendida por todo el mundo. Se da en especial entre las tribus salvajes, pero también en los países civilizados. Decir la verdad, que convierte a un hombre en alguien digno de crédito, realza su carácter y el prestigio de su patria. Por eso nos corresponde hacer todo lo posible para que los muchachos tengan en alta estima el honor y sean sinceros entre sí.

El local de Tropa y el campamento

El antídoto más eficaz contra un ambiente perjudicial es, naturalmente, cambiarlo por otro beneficioso, y la mejor manera de lograrlo es recurrir al local de Tropa y al campamento scout. Cuando digo «local» no me refiero a media hora de ejercicios a la semana en un aula habilitada para ello —algo a lo que, por lo visto, recurren a menudo quienes trabajan con muchachos—, sino a un lugar que los chavales puedan considerar realmente suyo, ya sea un sótano o una buhardilla; un sitio al que puedan acudir todas las noches, si hace falta, y encontrar trabajo de su gusto y diversión, una gran variedad de actividades y un ambiente luminoso y feliz. Con solo conseguir esto, el Jefe de Tropa habrá hecho una labor muy buena al dar a sus muchachos el ambiente adecuado, que para algunos de ellos será el antídoto contra el veneno que, de otro modo, les iría envenenando la mente y el carácter.

Después está el campamento (que debe organizarse tan a menudo como sea posible), un antídoto aún más potente que el local. El aire limpio y fresco, sumado al compañerismo y a la convivencia continua bajo las lonas, en el campo y alrededor del fuego, despierta en los muchachos un entusiasmo sano y da al Jefe de Tropa una oportunidad como ninguna otra para ganarse la confianza y el cariño de sus scouts.

Cómo atraer al muchacho

Me gusta comparar al hombre que intenta que los muchachos caigan bajo una buena influencia con un pescador aficionado que quiere triunfar en su deporte.

Si un pescador ceba el anzuelo con la clase de comida que le gusta a él, lo más probable es que no pesque muchos peces, y menos aún los grandes y desconfiados. Tiene que usar el cebo que les guste a los peces.

Con los muchachos pasa lo mismo: si intentas predicarles lo que tú consideras edificante, no picarán. Cualquier cosa que huela a perfección estricta y a santidad espantará incluso a los más decididos, y son precisamente esos los que hay que atraer. La única manera de pescarlos es ofrecerles algo que de verdad los atraiga y les interese. Y estoy convencido de que el Escultismo lo tiene.

Después ya será posible darles lo que se crea conveniente.

Para ganarse la confianza del muchacho hay que ser su amigo; pero al principio no hay que precipitarse a entablar esa relación, sino esperar a que deje de mostrarse arisco. El escritor E. D. How, en su obra *Libro del niño* (*Book of the Child*), resume el modo correcto de proceder en estos casos con la siguiente anécdota:

Un hombre al que su paseo diario llevaba por una calle humilde vio una vez a un pilluelo de cara sucia y piernas raquílicas que jugaba en la cuneta con una cáscara de plátano. El hombre lo saludó con una inclinación de cabeza... El chiquillo se apartó lleno de miedo. Al día siguiente, el hombre volvió a saludarlo con la cabeza. El pequeño ya se había dado cuenta de que no tenía nada que temer, y le respondió con un escupitajo. Al otro día, el chaval se limitó a quedarse mirándolo. Al siguiente, exclamó «¡Eh!» cuando el hombre pasaba. Con el tiempo, el chiquillo contestó con una sonrisa al saludo al que ya se estaba acostumbrando. Y por fin el triunfo fue completo el día en que el muchacho lo estaba esperando en la esquina y le cogió los dedos entre sus manitas sucias. Era una calle sombría, pero desde entonces al hombre le pareció uno de los lugares más luminosos que había visto en su vida.

Lo que hace el Jefe de Tropa, eso hacen los muchachos. Los scouts son el reflejo de su jefe. De la abnegación y el sacrificio del Jefe de Tropa aprenden los scouts a sacrificarse voluntariamente para servir a la patria.



3. El Escultismo



La vida vigorosa al aire libre es la clave del espíritu del Escultismo.

El Escultismo es un juego de muchachos, dirigido por ellos mismos, en el que los hermanos mayores pueden ofrecer a los pequeños un ambiente sano y animarlos a dedicarse a actividades saludables que despierten en ellos las virtudes de la ciudadanía.

Su estímulo más fuerte procede del estudio de la naturaleza y de la vida en los bosques. Actúa directamente sobre el individuo y sobre la Tropa. Eleva las cualidades intelectuales tanto como las puramente físicas y morales.

Al principio, el Escultismo se orientaba hacia estos fines; pero ahora la experiencia nos ha enseñado que, cuando se dirige bien, no solo se orienta hacia ellos, sino que los alcanza.

Quizá quien mejor ha expuesto los fines y los métodos del Escultismo haya sido James E. Russell, decano del Teachers College de la Universidad de Columbia, en Nueva York, con estas palabras:

El programa scout es un trabajo de hombres adaptado a los muchachos. Fascina al muchacho no porque sea un muchacho, sino porque se encuentra en la etapa en que se está formando el hombre... El programa del Escultismo no exige a ningún muchacho nada que un hombre maduro no pueda hacer; pero, paso a paso, lo saca del lugar en que se encuentra y lo lleva al que mejor le corresponde...

Lo más destacado del Escultismo no es su plan de estudios, sino su método. Como sistema para guiar a los muchachos a hacer lo que es justo e inculcarles buenos hábitos, se acerca al ideal. En la práctica sobresalen dos cosas: la primera, que los hábitos arraigan; y la segunda, que ofrece ocasiones para ejercer la iniciativa, el dominio de uno mismo, la confianza en uno mismo y la capacidad de dirigirse a sí mismo.

Para desarrollar la iniciativa, el Escultismo no depende solo de su programa de trabajo para el muchacho, sino que aprovecha de manera

admirable el engranaje de su organización. Su sistema de funcionamiento ofrece una espléndida oportunidad para escapar de los métodos que tienden a anquilosar a las personas. Esto se ve tanto en la Patrulla como en la Tropa. Enseña a los muchachos a trabajar juntos. Consigue un esfuerzo cooperativo hacia un fin común, lo cual es en sí mismo democrático...

Animando a los scouts a hacer Buenas Acciones con un espíritu sano y alegre, y no con beatería y a cambio de una recompensa, como primer paso, y después a prestar servicios a su localidad como medio de desarrollo, se puede hacer más por ellos que estimulando su destreza, su disciplina o su aplicación; porque así, aunque no se les enseñe tanto a ganarse la vida, se les enseña a vivir.

El Escultismo es sencillo

A un extraño, el Escultismo debe de parecerle a primera vista algo muy complicado, y es probable que más de un hombre haya aplazado indefinidamente la idea de hacerse Jefe de Tropa al pensar en la cantidad y variedad de cosas que, según él, tendría que saber para formar a los muchachos. Pero el león no le parecería tan fiero como lo pintan si se fijara en los siguientes puntos:

1. El objetivo del Escultismo es muy sencillo.
2. El Jefe de Tropa despierta en el muchacho el afán y el deseo de aprender por sí mismo, sugiriéndole actividades atractivas que irá practicando hasta que la experiencia le diga que las hace bien. (Para sugerencias de actividades, consúltese *Escultismo para muchachos, Scouting for Boys*).
3. El Jefe de Tropa trabaja a través de sus Guías de Patrulla.

El objetivo del Escultismo

La finalidad de la formación scout es mejorar la calidad de los futuros ciudadanos, sobre todo en lo que se refiere al carácter y a la salud; sustituir el «yo» por el servicio; hacer de los chicos personas eficientes, moral y físicamente, para que esa eficiencia se emplee en servir al prójimo.

La ciudadanía, o civismo, se ha definido en pocas palabras como «lealtad activa a la comunidad». En un país libre es fácil, y muy corriente, considerarse buen ciudadano con solo cumplir las leyes, trabajar y opinar sobre política, deportes o asuntos generales, dejando que otros se ocupen del bienestar de la nación. Eso se llama ciudadanía pasiva; pero esa clase de ciudadanía no basta para mantener en alto, en el mundo, las virtudes de la libertad, la justicia y el honor. Solo la ciudadanía activa puede conseguirlo.

Las cuatro ramas de la formación scout

Para alcanzar la meta de formar para la ciudadanía activa, debemos enseñar las cuatro ramas que se indican a continuación, indispensables para formar buenos ciudadanos, y que inculcamos de dentro afuera, en lugar de hacerlo al revés:

Carácter. Lo enseñamos mediante el Sistema de Patrullas, la Ley Scout, las historias scouts, el conocimiento de la vida en los bosques, la responsabilidad del Guía de Patrulla, los juegos de equipo y el ingenio que exige la vida de campamento. Esto incluye el reconocimiento del Creador por su obra divina, el aprecio de la belleza natural y el amor a las plantas y a los animales que despierta la vida al aire libre, durante la cual uno se familiariza con ellos.

Salud y vigor. Mediante juegos, ejercicios y el conocimiento y la práctica de la higiene personal y de una buena alimentación.

Artes manuales y destreza. De vez en cuando, mediante actividades bajo techo, pero sobre todo mediante exploraciones, construcción de puentes, vida de campamento y expresión de la personalidad en las artes, todo lo cual contribuye a formar trabajadores eficientes.

Servicio al prójimo. Llevar a la vida diaria la práctica de la religión haciendo «buenas acciones», desde las más pequeñas hasta las de provecho general.

Los detalles de estas cuatro ramas aparecen en el esquema siguiente, y su descripción se encuentra en la segunda parte de esta obra.

Esquema del Escultismo: formación para la ciudadanía

1. Carácter

Cualidades que se desean fortalecer	Mediante la práctica de
Cívicas: probidad; respeto a los derechos de los demás; disciplina; capacidad de mando; responsabilidad.	Trabajo de Patrulla; juegos de equipo; Corte de Honor; Ley Scout y Promesa.
Morales: honor; caballerosidad; confianza en uno mismo; valor; capacidad de disfrutar; nobleza de sentimientos e ideas; religiosidad; devoción; respeto a uno mismo; lealtad.	Obras y actividades scouts; apreciación de la naturaleza; estudio de las tradiciones y de la historia natural; astronomía; bondad con los animales; servicio al prójimo (véase más abajo).

2. Salud y vigor

Cualidades que se desean fortalecer	Mediante la práctica de
Salud.	Responsabilizarse de la propia salud; higiene; templanza; continencia; acampada.
Vigor.	Desarrollo físico; deportes; natación; caminatas; excursiones a la montaña; otras actividades semejantes.

3. Artes manuales y destreza

Cualidades que se desean fortalecer	Mediante la práctica de
Destreza técnica; inventiva; ingenio.	Técnicas scouts; tareas y recursos de campamento; exploración; insignias como premio a las distintas artes manuales.
Intelectuales: observación; deducción; expresión personal.	Aficiones; estudio de los bosques; rastreo.

4. Servicio al prójimo

Cualidades que se desean fortalecer	Mediante la práctica de
Altruismo; abnegación; deberes cívicos; patriotismo; servicio a la patria; humanitarismo; servicio a Dios.	Ley Scout y Promesa; Buenas Acciones; primeros auxilios; lucha contra incendios; cuerpos de auxilio en caso de accidente; ayuda en hospitales; otras labores en beneficio de la comunidad.

Las actividades del Escultismo

Con la palabra «Escultismo» se designan el trabajo y las cualidades de los hombres de los bosques, los exploradores, los cazadores, los marinos y los colonizadores.

Al transmitir a los muchachos los rasgos de esos personajes, les ofrecemos un sistema de juegos y prácticas que satisface sus deseos e instintos y que, al mismo tiempo, tiene valor educativo.

Desde el punto de vista de los muchachos, el Escultismo los reúne en pandillas fraternales, que son su forma natural de organizarse, ya sea para jugar, para hacer travesuras o para holgazanear; les da un uniforme y un equipo elegantes; despierta su imaginación y su espíritu romántico, y los lleva a una vida activa al aire libre.

Desde el punto de vista de los padres, fomenta la salud y el desarrollo físico de sus hijos; les da energía; les enseña trabajos manuales y les aguza el ingenio; inculca en el chico disciplina, determinación, caballerosidad y patriotismo. En una palabra, les forja el «carácter», lo más importante para que un muchacho se abra camino en la vida.

La formación scout atrae a muchachos de todas las clases sociales, ricos y pobres, e incluso a los impedidos, a los sordomudos y a los ciegos. Despierta el deseo de aprender. El principio que mueve al Escultismo es estudiar las ideas del muchacho y animarlo a educarse por sí mismo, en lugar de esperar a que lo instruyan.

Ofrece un buen comienzo en la formación técnica, ya que concede insignias como premio a la destreza en distintas aficiones y trabajos manuales, además de las ya establecidas para los scouts de primera y de segunda clase, que reconocen sus méritos en natación, exploración, cocina, vida de

ilidad. Ofrecemos tantas insignias en esta etapa inicial para que todos se animen a probar diferentes tareas, y para que el ojo atento del Jefe de Tropa pueda reconocer enseguida la inclinación particular de cada uno y, después, darle ánimos según el caso. Ese es el mejor camino para desarrollar el carácter individual del muchacho y encaminarlo hacia una carrera brillante.

Más aún: estimula en el muchacho el sentido de la responsabilidad, en beneficio de su propio desarrollo y de su salud; confía en su honor y espera que haga una Buena Acción todos los días.

Cuando el propio Jefe de Tropa tiene algo de muchacho y es capaz de ver todas las cosas desde el punto de vista del muchacho, puede muy bien, si tiene imaginación, inventar actividades nuevas y variarlas a menudo para saciar la sed de novedad de los chavales. Fijémonos, por ejemplo, en lo que hacen las compañías de teatro. Si ven que una función no gusta al público, no se empeñan en repetirla con la esperanza de que, a la larga, acabe gustando a los espectadores: la retiran y la sustituyen por otra más interesante.

Los muchachos son capaces de encontrar aventuras hasta en un charco sucio, y si el Jefe de Tropa es un hombre-muchacho, también él podrá encontrarlas allí. Para tener ideas nuevas no hace falta gastar mucho dinero ni disponer de aparatos, porque muchas veces son los propios muchachos los que aportan sugerencias.

Otra forma eficaz que tiene el Jefe de Tropa de idear actividades que gusten a los muchachos es mantener los oídos abiertos y dejar descansar un poco el cerebro.

En tiempo de guerra, cuando un explorador de infantería sale de noche a cumplir su misión de averiguar lo que hace el enemigo, tiene que fiarse en gran parte del oído. Del mismo modo, cuando un Jefe de Tropa está a oscuras respecto a las inclinaciones o al carácter de sus muchachos,

puede arrojar bastante luz sabiendo escuchar. Escuchando podrá descubrir lo más profundo del carácter de cada muchacho y darse cuenta de qué es lo que más puede interesarle.

Así también, durante las reuniones del Consejo de Guías de Patrulla o alrededor del fuego de campamento, si uno se impone como tarea especial escuchar y observar, consigue de los propios muchachos mucha más información de la que podría sacarles conversando.

Además, cuando se visita a los padres, no hay que presentarse ante ellos con la idea de impresionarlos con el valor del Escultismo, sino con el propósito de conocer sus ideas sobre la educación que debe darse a sus hijos, lo que esperan del Escultismo o los defectos que le encuentran.

En general, cuando escasean las ideas nuevas, hay que evitar imponer a los scouts actividades que a uno le parece que les van a gustar. Hay que averiguar qué actividades interesan a la mayoría, escuchándola o haciéndole preguntas, y después ver hasta qué punto pueden ponerse en práctica, es decir, si son beneficiosas.

Cuando una Tropa resuena con el estruendo alegre de sus carcajadas, disfruta de sus éxitos y vibra de emoción ante nuevas aventuras, pocos serán los que la abandonen por aburrimiento.

El Escultismo es un juego alegre al aire libre, en el que muchachos grandes y pequeños buscan juntos la aventura como si fueran hermanos y cosechan salud y felicidad, habilidad y diligencia.



El espíritu del Escultismo

Lo fundamental es el espíritu del Movimiento, y la llave que libera ese espíritu es el misterio romántico de la vida en el bosque, que se revela en el concierto de la naturaleza.

¿Dónde encontrar a un muchacho —o, puestos a ello, a un hombre maduro—, incluso en estos tiempos materialistas que vivimos, que sea

sordo a la llamada de la naturaleza y que escape a la fascinación de un camino abierto?

Quizá no sea más que la obediencia a un instinto primitivo..., pero el hecho es que existe. Con esa llave puede abrirse una puerta imponente, aunque solo sea para dejar entrar una ráfaga de aire libre y un rayo de sol en vidas que, de otro modo, se irían marchitando poco a poco.

Pero, por lo general, puede hacer mucho más.

Los héroes indómitos de los bosques, los colonizadores y exploradores, los que recorren los mares y los que surcan los cielos son como el flautista de Hamelín para los muchachos. Los seguirían adondequiera que los llevaran; harían cualquier cosa, siempre que les tocaran la fibra de la hombría y del arrojo, la aventura, las hazañas, la eficiencia, la destreza y el sacrificio espontáneo en provecho de los demás.

En ello encuentra el muchacho satisfacción y un goce espiritual.

Observad a ese joven que va por la calle mirando sin ver, con los ojos perdidos en el vacío. ¿Estará forjando en su cabeza una epopeya de arriesgadas aventuras en las praderas o en la inmensidad de los mares peligrosos? ¡Quién sabe! Lo que sí podemos afirmar es que su imaginación febril lo ha llevado a un mundo de sueños, muy lejos de la prosaica realidad de su vida.

¿Habéis leído las historias de Búfalo Bill y de las manadas de bisontes que recorrían las vastas praderas del oeste de Norteamérica? ¿Podéis imaginar el humo que sale en espirales de las tiendas de los indios sioux y comanches, y casi verlo? Yo he soñado con ellos durante muchos años.

Las excursiones le ofrecen ahora al muchacho la oportunidad de echarse una mochila a la espalda, como los primeros colonos, y sentirse uno más entre los hombres de los bosques. Puede descubrir y seguir senderos y rastros, hacer señales, encender fuego, construir su choza y cocinar

su comida. Puede poner su talento y su habilidad manual al servicio del arte de explorar y acampar.

La pandilla forma su grupo natural de amigos, y en las actividades del Escultismo la sigue dirigiendo el mismo cabecilla.

Podrá formar parte del conjunto, pero sabe también que tiene valor como persona.

Las actividades al aire libre le enseñan a conocer los placeres sanos de la vida.

Esto tiene también su lado espiritual.

La sabiduría de la naturaleza se va bebiendo a sorbos durante las caminatas por el bosque, donde el alma que empieza a despertar se abre y busca a su alrededor nuevos prodigios. Las excursiones son la mejor escuela de observación y de práctica, y nos hacen comprender las maravillas de un mundo portentoso.

Le quitan a la mente los velos que le impiden apreciar la belleza de cada día. Le enseñan al joven de ciudad que las estrellas cuelgan del firmamento y no solo allí donde apuntan las chimeneas, y que los arreboles del atardecer derrochan sus colores muy por encima del tejado del cine al que suele ir.

El estudio de la naturaleza le revela a la mente humana la perfección con que el Creador armonizó lo inmenso con lo microscópico, y le muestra que el sexo y la reproducción cumplen un noble papel en la gran obra de la creación.

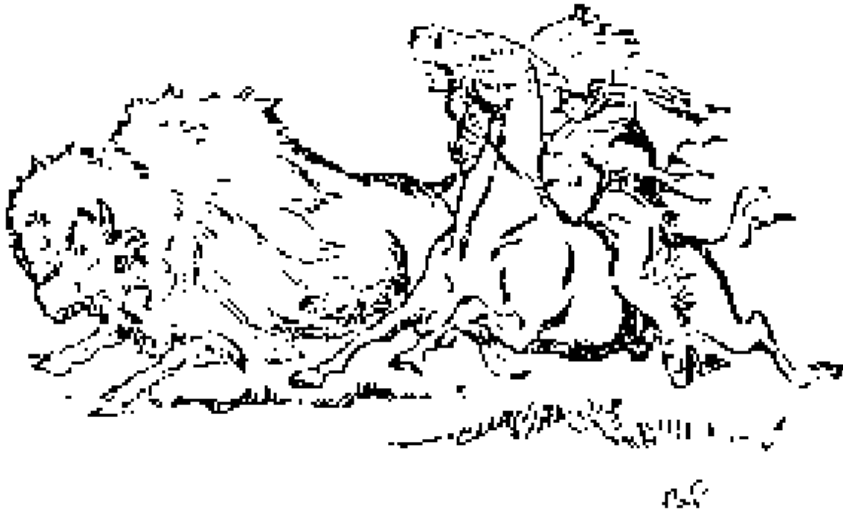
El Escultismo eleva el nivel moral del pijo más empedernido y le inculca los principios de la fe en Dios. Junto con la obligación del scout de hacer cada día una buena acción, sienta las bases de los deberes para con Dios y para con los demás. Sobre esa enseñanza, sus padres o su director espiritual pueden formar con más facilidad en el muchacho el credo que deseen.

Puede usted muy bien vestir a un muchacho de vaquero, de bufón, fraile o torero, de siervo y hasta de emir; mas no puede descubrir, con el tacto y al momento, de ese joven el talento, con solo tocarle el manto: si es un héroe o es un santo; si es medianía o portento...

Lo que hace al héroe es el espíritu, no la ropa que lleva por fuera. Ese espíritu está latente en todo muchacho, pero hay que descubrirlo y sacarlo a la luz.

La Promesa Scout, que el muchacho se compromete a cumplir bajo palabra de honor —hasta donde alcanza la idea que tiene del honor—, y la Ley Scout son los pilares de nuestra disciplina, y dan fruto en casi todos los casos. Al muchacho no hay que gobernarlo con la represión, sino con la acción. La Ley Scout es una guía para sus actos, no una barrera contra sus faltas. Se limita a marcarle la pauta y a decirle lo que se espera de él como scout digno de la distinción que se le concede.

La imaginación del muchacho vuela sobre las praderas y los mares. En sus excursiones se identifica con el indio, el explorador y el hombre de los bosques.



Sistema de Patrullas

El Sistema de Patrullas es uno de los rasgos esenciales que distinguen la formación scout de la de cualquier otra organización parecida, y cuando se aplica como es debido, no cabe duda de que da buenos resultados.

La clave del éxito de una buena Tropa está en agrupar a los muchachos en Patrullas de seis a ocho y en formarlos como unidades independientes bajo la responsabilidad de sus propios jefes.

La Patrulla es siempre la unidad del Escultismo, tanto en el trabajo como en el juego, en los ejercicios y en los deberes.

Dar responsabilidades a cada uno para formarle el carácter da resultados valiosísimos, y no se hacen esperar en cuanto se hace al Guía responsable de la buena marcha de su Patrulla. El Guía tiene libertad para organizarla como prefiera y para desarrollar las cualidades de cada uno de los

muchachos de su grupo. Parece una tarea complicada, pero en la práctica da buenos frutos.

Después, mediante la competición y la emulación entre Patrullas, el Jefe desarrolla el verdadero espíritu que debe animar a un scout, porque temple el carácter de los muchachos y eleva en general su nivel de eficacia.

Cada muchacho de una Patrulla comprende que él mismo es una unidad responsable y que el honor de su grupo depende, en cierta medida, de lo bien que desempeñe su papel.

Consejo de Guías de Patrulla: la Corte de Honor

La Corte de Honor es una parte importante del Sistema de Patrullas. Es un comité permanente que, bajo la dirección del Jefe de Tropa, resuelve los asuntos de la Tropa, tanto los administrativos como los disciplinarios. Inculca a sus miembros la dignidad, los ideales de libertad, el sentido de la responsabilidad y el respeto a la autoridad legítima. Al mismo tiempo, les da práctica, individual y colectiva, en unos procedimientos muy valiosos para unos muchachos que serán los ciudadanos del mañana.

Ha resultado conveniente admitir en este Consejo a los Subguías, porque, además de aprovechar su ayuda, se les da la ocasión de practicar sus funciones. La Corte de Honor tiene también algunas misiones especiales, como resolver los casos de disciplina y conceder premios y honores.

Valor del Sistema de Patrullas

Es importante que el Jefe de Tropa conozca los extraordinarios resultados que puede conseguir con el Sistema de Patrullas. Es la mejor garantía de la vitalidad y del éxito de la Tropa, y le ahorra al Jefe buena parte de las pequeñas tareas de rutina.

Pero, ante todo, la Patrulla es una escuela de carácter. Refuerza en el Guía de Patrulla el sentido de la responsabilidad y las dotes de mando. Impulsa a los muchachos a anteponer el interés del grupo al suyo propio, y desarrolla en ellos la abnegación y el dominio de sí mismos, con un espíritu de cooperación y camaradería.

Ahora bien, para obtener los mejores resultados hay que dar a los Guías de Patrulla una responsabilidad real y completa. Si solo se les da una responsabilidad a medias, los resultados también serán a medias. El objetivo principal no es ahorrarle molestias al Jefe de Tropa, sino cargar de responsabilidad al muchacho, porque es el mejor medio de fortalecer su carácter.

El Jefe de Tropa que quiera tener éxito no solo debe estudiar la teoría y los métodos del Sistema de Patrullas, sino también poner en práctica las sugerencias que lee. Lo importante es llevarlas a cabo, y los Guías de Patrulla y los scouts solo pueden adquirir experiencia con la práctica continua.

Cuantas más tareas se les encomienden, más darán de sí y más fortalecerán su energía y su carácter.

Los mayores progresos se dan en las Tropas cuyo mando y responsabilidad están en manos de sus Guías de Patrulla. Esta es la llave del éxito en la enseñanza del Escultismo.



Uniforme scout

He dicho a menudo que me importa un bledo que el scout lleve uniforme o no, con tal de que ponga el corazón en su trabajo y cumpla la Ley Scout. Pero es raro el scout que no lo lleve si puede comprarlo.

El espíritu del Escultismo le empuja a lucirlo.

La misma regla vale para quienes dirigen el desarrollo del Escultismo, es decir, los Jefes de Tropa y los Comisionados. No están obligados a llev-

ar uniforme si no les gusta, pero, como dirigentes, tienen que dejar a un lado sus preferencias para dar ejemplo a los demás.

Yo, personalmente, me pongo el uniforme aunque solo sea para pasar revista a una Patrulla, porque estoy seguro de que eso levanta el ánimo de los muchachos. Valoran más su propio uniforme cuando ven que un hombre mayor no tiene reparo en llevarlo.

Su dignidad se fortalece cuando se dan cuenta de que los toman en serio hombres que consideran importante formar parte de su hermandad.

La elegancia del uniforme y el cuidado de los detalles pueden parecer cosas sin importancia, pero tienen su valor para desarrollar la dignidad y contribuyen muchísimo a la buena reputación del Escultismo entre los profanos, que juzgan por lo que ven.

Es, sobre todo, una cuestión de ejemplo. Enseñadme una Tropa con ropa desaliñada y os diré al instante que su jefe es descuidado en su persona y en sus modales. Los Jefes de Tropa deben pensar en ello cuando se pongan el uniforme o se calen el sombrero para darse el último toque. Recordad que sois el modelo que copian vuestros muchachos, y que vuestra pulcritud en el vestir se reflejará enseguida en ellos.

La labor del Jefe de Tropa

Todos los principios del Escultismo se encaminan a un buen fin. El éxito de su aplicación depende del Jefe de Tropa y de cómo los ponga en práctica. Lo que pretendo ahora es ayudarle en esa tarea: primero, mostrándole el propósito de la formación y, segundo, sugiriéndole los métodos con que puede llevarla a cabo.

Seguramente muchos Jefes de Tropa querrían que les explicara los detalles con todo lujo. Pero eso sería en realidad imposible, porque lo que conviene a una Tropa concreta o a un tipo de muchachos en un lugar det-

erminado quizá no funcione con otros que viven a solo dos kilómetros, y mucho menos con los que están repartidos por todo el mundo en condiciones completamente distintas. Sin embargo, se pueden hacer ciertas sugerencias generales; si se adoptan, los Jefes de Tropa podrán juzgar por sí mismos qué detalles dan mejores resultados.

Pero antes de entrar en pormenores debo repetirlo una vez más: no os asustéis por el tamaño imaginario de la empresa. Ese miedo desaparecerá en cuanto veáis su objetivo. Hay que fijar la vista en él y poner todos los medios para conseguirlo.

Como dice muy bien la obra inglesa *Peperil del Pico* (*Peperil of the Peak*): «Poco importa que no alcancemos del todo nuestros ideales, siempre que sean elevados y nos impulsen hacia la perfección».

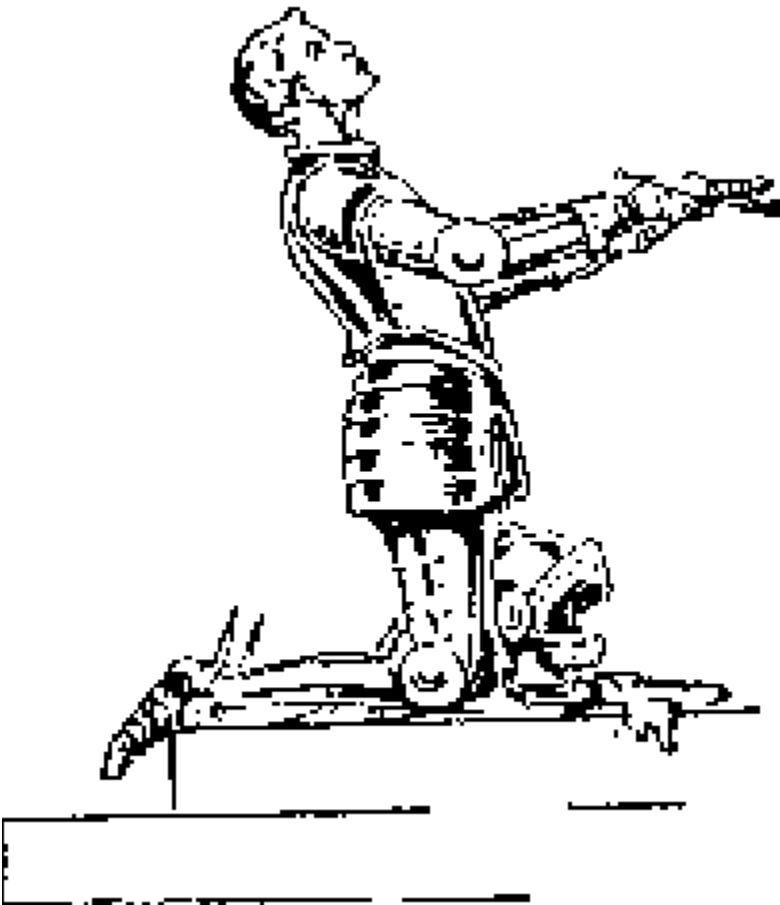
Habrà momentos en que se acumulen tantas dificultades que parecerà que se desvanecen todas las brillantes posibilidades de éxito. Pero consuela pensar que esas dificultades, que hemos visto aumentadas por el cristal de la exageración, se desvanecen en cuanto les hacemos frente.

Parte II. De scout a ciudadano



1. Carácter





El Código de Honor del caballero medieval es el que rige al caballero de hoy.

El florecimiento de una nación no se debe tanto a la potencia de sus armas como a la firmeza de carácter de sus hijos.

«Para triunfar en la vida, el carácter es más importante que la erudición».

El carácter tiene un valor fundamental, tanto para una nación como para una persona. Y como es lo que marca la trayectoria de un hombre, hay que desarrollarlo desde muy pronto, cuando todavía es un muchacho de mente receptiva. El carácter no se le puede inculcar desde fuera al muchacho. Lo lleva dentro en germen, pero hay que hacer que se manifieste para poder cultivarlo. ¿Cómo?

El carácter suele ser hijo del ambiente. Pongamos un ejemplo: tomad a dos muchachos, gemelos si queréis. Que aprendan las mismas lecciones en la escuela, pero fuera de ella vivan en ambientes distintos, con compañeros y hogares diferentes. Poned a uno al cuidado de una madre bondadosa que lo anime, entre compañeros de juego limpios, justos y sinceros, en un lugar donde se confíe en su honor para que cumpla sus deberes. Y dejad al otro holgazanear en un hogar sucio, entre compañeros malhablados, pillos y rebeldes. ¿Es posible que este último crezca con la misma firmeza de carácter que su hermano?

Miles de muchachos se echan a perder cada día porque se les deja crecer sin educarles el carácter, y se convierten en derrochadores, en piltrafas humanas, en una pesadilla y un peligro para la sociedad. Podrían haberse salvado con solo haberles dado un ambiente sano en sus primeros años, cuando su mente estaba en la edad receptiva. Y hay muchos miles más que no cayeron tan bajo (hay escoria en todas las clases sociales), pero que habrían sido hombres mucho mejores y más útiles si se les hubiera cultivado el carácter a tiempo.

Aquí está el objetivo principal del Escultismo: educar, no instruir. Pero hay que tenerlo claro: educar en el sentido de lograr que el muchacho aprenda por sí mismo, y por su propia iniciativa, las cosas que desarrollan y templan su carácter.

La Tropa no debe pasar de treinta y dos scouts

Es preferible que una Tropa no tenga más de treinta y dos muchachos. Propongo esta cifra porque, al formarlos, he descubierto que dieciséis es el mayor número de muchachos que he podido dirigir con éxito en la tarea de hacer que revelen y afiancen su carácter. A otros educadores les concedo el doble de capacidad que a mí, y por eso duplico el número hasta treinta y dos.

He oído decir a algunos que han tenido a su cargo buenas Tropas de sesenta y hasta de cien muchachos, y sus jefes me cuentan que han resultado tan buenas como los grupos más pequeños. Me he «admirado» de ello (aunque «admirarse», en su sentido literal, significa «sorprenderse»), y no les he creído.

Me preguntan: «¿Para qué preocuparse por la formación individual?». Pues porque creo que es la única manera de educar. Se puede instruir a muchísimos muchachos, hasta a mil a la vez, con solo tener una voz potente y un sistema de disciplina agradable. Pero eso no es formación, y mucho menos educación.

Lo que cuenta para desarrollar el carácter y formar hombres es la educación. Cuando a una persona se le despierta el deseo de mejorar, brotan en ella las energías dormidas, en el terreno que mejor se ajusta a su temperamento y a sus capacidades.

No se consigue el más mínimo resultado enseñando la Ley Scout o imponiéndola como una lista de órdenes a un grupo numeroso de muchachos. Cada mente necesita que se le expliquen sus principios de una manera especial y que se le despierte el deseo de aceptarlos.

Ahí es donde se ve la personalidad y la habilidad del Jefe de Tropa.

Por eso, veamos algunas de las cualidades morales y mentales que contribuyen a formar el carácter, y después, cómo puede conseguir el Jefe de Tropa que el muchacho las desarrolle por sí mismo con la práctica del Escultismo.

Caballerosidad y rectitud

El Código de Honor de los caballeros medievales fue la base de las normas de conducta de todos los caballeros desde el año 500 d. C., cuando el rey Arturo redactó en la Tabla Redonda las reglas de sus caballeros.

El romanticismo de la caballería atrae a todo muchacho y estimula su sentido moral. Su Código de Caballería abarca el honor, la autodisciplina, la cortesía, el valor, la abnegación en el cumplimiento del deber y la orientación religiosa.

Estas normas, tal como se publicaron en tiempos de Enrique VII, son las siguientes:

1. No deberán quitarse nunca la armadura, salvo para dormir.
2. Buscarán la aventura para alcanzar «brillo y renombre».
3. Defenderán al débil y al desvalido.
4. En una disputa, apoyarán a quien tenga razón y pida ayuda.
5. No deberán ofenderse entre sí.
6. Lucharán por la defensa y el bienestar de su país.
7. Trabajarán por el honor antes que por el dinero.
8. No romperán nunca una promesa, por ninguna razón.
9. Se sacrificarán por el honor de su patria.
10. «Preferirán morir con honor a huir y vivir en la infamia».

El ideal caballeresco y el principio de obrar con rectitud son, por encima de todo, lo primero que hay que inculcar a los muchachos para guiarlos por el limpio camino de la justicia, que debe formar parte de su carácter si quieren llegar a ser buenos ciudadanos.

La costumbre de ver las cosas desde el punto de vista del otro se puede desarrollar en los juegos al aire libre, en los que la imparcialidad es esencial. Durante el juego se siguen reglas estrictas que exigen a los jugadores dominio de sí mismos y buen humor, y al final del encuentro lo correcto es que el vencedor se muestre generoso con el vencido y que este sea el primero en felicitar al ganador.

Esto debería practicarse hasta convertirlo en costumbre.

Otra gran ayuda para fomentar en los muchachos el sentido de la justicia son los debates sobre temas que les interesen, en los que dos bandos defienden posturas contrarias. Así comprenden que todo asunto importante tiene dos caras y que no hay que dejarse llevar por la elocuencia de un orador sin haber oído a la otra parte, para después sopesar las razones de ambos antes de dar un veredicto.

Una medida práctica para asegurarlo es que la votación no se haga a mano alzada, porque los muchachos tímidos o distraídos votan siguiendo a la mayoría. Cada uno debe entregar su voto («Sí» o «No») escrito en un papel. Así el muchacho tiene ocasión de juzgar con su propio criterio después de sopesar las dos caras del asunto.

Del mismo modo, los juicios simulados o el arbitraje de disputas, si se hacen en serio y siguiendo el procedimiento de un tribunal de verdad, son muy valiosos para dar a los muchachos la idea de la justicia y la rectitud, y también para enseñarles cómo comportarse si más adelante llegan a ser jurados o testigos en un juicio real. La Corte de Honor de la Tropa es otro paso en esa dirección: al formar parte de ella (una responsabilidad real), la seriedad de sus puntos de vista arraiga más hondo en los muchachos y les

despierta el deseo de analizar con cuidado la decisión que deben tomar en una discusión.

Así, usando su buen juicio para enseñar rectitud, abnegación y sentido del deber hacia los demás, el Jefe de Tropa puede aprovechar grandes oportunidades para educar a sus muchachos, ya sea bajo techo o al aire libre.

Aunque solo he tocado este tema por encima, creo que, de todas las materias que nos ocupan, es la más importante para formar hombres con criterio propio y un alto sentido de la ciudadanía.

Disciplina

Para que una nación prospere necesita disciplina, y la disciplina de la colectividad solo se consigue disciplinando a cada individuo. Con esto me refiero a la obediencia a la autoridad y a los demás dictados del deber.

Eso no se consigue con medidas represivas, sino animando y educando primero al muchacho en la autodisciplina y en la renuncia a sus propios placeres en beneficio de los demás. Esta enseñanza es muy eficaz cuando se da con el ejemplo, cuando se le encomiendan obligaciones al muchacho y se espera de él que sea digno de confianza.

El Sistema de Patrullas impone una gran obligación a los Guías, porque los hace responsables de todo lo que sucede entre los scouts que dirigen.

En 1596, sir Henry Knyvett le hizo ver a la reina Isabel que el Estado que descuida la instrucción y la disciplina de la juventud no solo forma malos soldados y marinos, sino que provoca un mal mucho mayor: que sus ciudadanos sean igual de malos en la vida civil. O, con sus propias palabras: «La falta de una verdadera disciplina hace que las riquezas del príncipe y del país se derrochen de forma frívola y lamentable».

El orden y la disciplina no se consiguen castigando al niño por un mal hábito, sino dándole una ocupación mejor que absorba su atención y le haga olvidar y abandonar poco a poco la mala costumbre.

El Jefe de Tropa debe imponer la disciplina con rapidez y firmeza, hasta en los más pequeños detalles. Que deje a los muchachos en completa libertad solo cuando crea conveniente darles rienda suelta, cosa que de vez en cuando es provechosa.

El sentido del honor

La Ley Scout es la base sobre la que descansa toda la educación scout.

Todos sus artículos deben explicarse con claridad y detalle, con ejemplos sencillos de cómo se aplican en la vida diaria.

Y no hay mejor enseñanza que el ejemplo. Si el Jefe de Tropa se atiene estrictamente a la Ley Scout en todos sus actos, los muchachos estarán deseando imitarlo.

Ese ejemplo convence todavía más si el Jefe de Tropa hace la Promesa Scout de la misma forma que los jóvenes a los que guía.

En el primer artículo de la Ley, «El scout cifra su honor en ser digno de confianza», se apoya la buena conducta y la disciplina futura del scout. El scout debe ser íntegro. Así debe explicárselo el Jefe de Tropa con cuidado, como primer paso, antes de que haga la Promesa.

La investidura del scout se hace a propósito con cierta ceremonia: un pequeño ritual de este tipo, si se celebra con solemnidad, impresiona al muchacho, y dada la seriedad de la ocasión, lo correcto es impresionarlo todo lo posible. También es muy importante que el scout repase de vez en cuando la Ley. Los muchachos tienden a ser olvidadizos, y no hay que permitir que, después de haber prometido solemnemente cumplir la Ley Scout, sean incapaces de decir en cualquier momento en qué consiste.

Cuando el scout haya comprendido, tras su investidura, lo que se espera de su honor, el Jefe de Tropa debe confiar plenamente en él y encargarle algunas tareas. Con sus actos debe demostrarle que lo considera responsable. Encomendadle una misión y tened fe en que la cumplirá fielmente. No os pongáis al acecho para ver cómo la cumple. Dejad que la haga a su manera. Que se equivoque y se afane si hace falta, pero, en cualquier caso, hay que dejarlo solo y confiar en que lo hará lo mejor que pueda. La confianza debe ser la base de toda educación moral.

Dar responsabilidades es la clave del éxito con los muchachos, sobre todo con los más alborotadores y rebeldes.

El objetivo principal del Sistema de Patrullas es inculcar el sentido de la responsabilidad al mayor número posible de muchachos, para desarrollar su carácter. Si el Jefe de Tropa da al Guía de Patrulla una autoridad amplia, puede esperar mucho de él; y dejándole las manos libres en su tarea habrá hecho más por fortalecer su carácter que cualquier estudio escolar, por intenso que sea.

Confianza en sí mismo

El muchacho no aprovecha todo lo que el Escultismo puede darle hasta que obtiene el grado de scout de primera clase. Las pruebas para obtenerlo se idearon con la intención de que, a quien demuestre capacidad suficiente para esa categoría, se le considere poseedor de las cualidades básicas para ser un ciudadano viril y honrado.

Cuando el muchacho es consciente de que ha dejado atrás sus días de novato y de que ya es una persona responsable, capaz de actuar y digna de la confianza de sus superiores, adquiere seguridad en sí mismo. Las ambiciones y las esperanzas empiezan a llamar a las puertas de su alma. Entonces se sentirá mejor preparado que antes y dueño de esa confianza en sí

mismo que da esperanza y ánimo en los momentos difíciles de la lucha por la vida, y fuerza de espíritu en el empeño por alcanzar sus metas.

Los conocimientos de primeros auxilios y de extinción de incendios, viajar con carros de tiro y construir puentes son muy valiosos para desarrollar la destreza y aguzar el ingenio, porque el muchacho, en cooperación con los demás, es responsable de la parte del trabajo que le corresponde.

La natación tiene un valor educativo —mental, moral y físico—, porque da la confianza de dominar un elemento y de poder salvar vidas, y además desarrolla los pulmones y las extremidades.

Cuando el autor de estas líneas formaba a la Policía Sudafricana, solía enviar a los hombres por parejas a hacer recorridos de grandes distancias, de trescientos a quinientos kilómetros, para enseñarles a apoyarse el uno al otro y a usar la inteligencia.

Pero cuando tenía un recluta algo torpe, lo enviaba solo, sin nadie que lo protegiera, para que se las arreglara por sí mismo, buscara la manera de alimentarse él y su caballo y presentara sin ayuda el informe de su expedición. Esa fue la mejor práctica de todas para darle confianza en sí mismo y avivar su inteligencia, y refleja un principio que puedo recomendar con toda convicción a los Jefes de Tropa para la formación de sus scouts.

De todas las escuelas, el campamento es sin ninguna duda la mejor para enseñar a los chicos las cualidades de carácter que queremos inculcarles. Allí el ambiente es sano, los muchachos se vuelven ambiciosos y despiertos, los rodea todo un mundo interesante y el Jefe de Tropa tiene a la Tropa bajo su dirección constantemente, de día y de noche.

En el campamento, como se ve, el Jefe de Tropa tiene la mejor oportunidad de observar y conocer los rasgos de cada scout para luego encauzarlos en la dirección que más convenga a su desarrollo. Y los muchachos, a su vez, van adquiriendo las cualidades de carácter propias de la vida en el

campo, en la que el Jefe de Tropa comprensivo, con una dirección alegre y bondadosa, puede inculcarles disciplina, habilidad, ingenio, confianza, destreza, conocimiento del bosque, manejo de canoas, espíritu de equipo, los secretos de la naturaleza, etc. Una semana de esta vida equivale a seis meses de enseñanza teórica en el aula, por excelente que sea.

Por todo lo dicho, se aconseja al Jefe de Tropa con poca experiencia en este terreno que estudie el arte de acampar en todos sus aspectos.

Alegría de vivir

¿Por qué se considera el conocimiento de los secretos de la naturaleza una actividad fundamental del Escultismo?

Esta pregunta encierra precisamente la diferencia entre el sistema educativo de los scouts y el de cualquier otro club de muchachos. Y se puede responder con facilidad con esta frase: «Queremos enseñar a nuestros chicos no solo a ganarse la vida, sino también a disfrutarla, es decir, el arte de gozarla en un sentido elevado».

El conocimiento de los misterios de la naturaleza, en el que quizá he insistido demasiado, es el mejor medio para abrir la mente de los muchachos. Al mismo tiempo, si el Jefe de Tropa no descuida este punto, los preparará para apreciar la belleza de la Creación y, por tanto, el arte, lo que les lleva a disfrutar de la vida en un plano elevado.

Además, les muestra el poder de Dios Creador a través de sus obras maravillosas, y si a esto se le une la práctica, ordenada por Él, de hacer el bien a los demás, se tiene la base concreta de la religión.

Ayuda al muchacho a confiar en sí mismo, a ser ingenioso y valerse por sí solo; es decir, a mirar la vida de frente y a labrarse su propio porvenir.



Hace algunos años me encontraba en la sala de estar de un amigo que acababa de morir. En una mesa, junto a su pipa abandonada y su tabaquera, había un libro de Richard Jefferies, *Campo y seto* (*Field and Hedgerow*), con la esquina doblada en una página donde se leía lo siguiente: «La idea del bien moral no es del todo satisfactoria. La forma más elevada que conocemos hasta ahora es la pura renuncia: hacer el bien sin esperar recompensa, ni inmediata ni futura, ni desear realizar un ideal imaginario. ¡Es la mejor interpretación que podemos darle, y qué poco satisfactoria resulta! Hace falta algo que colme los anhelos del corazón más que cualquier sacrificio personal. Debe ser algo que concuerde con la percepción de la belleza y de un ideal. La virtud personal no basta, y yo no sé definir el bien ideal; pero me parece que, de algún modo, debe de estar muy unido a la belleza ideal de la naturaleza».

Dicho de otro modo, se podría decir que la felicidad es una combinación de convicción íntima y de sentido común, y que se disfruta cuando la conciencia y los sentidos están igualmente satisfechos. Si la definición

que hemos citado es cierta, la contraria es al menos igual de acertada: la apreciación de la belleza no da la felicidad si no se tiene la conciencia en paz.

Por eso, si queremos que nuestros muchachos sean felices en la vida, tenemos que inculcarles la costumbre de hacer el bien al prójimo, además de enseñarles a apreciar las bellezas de la naturaleza.

El camino más corto para conseguir esto último es conocer la armonía de la Creación.

La gran mayoría de los muchachos tiene cerrados los ojos del alma, y al Jefe de Tropa le corresponde la dicha de hacer el milagro de abrírselos.

Cuando el germen del conocimiento del bosque ha entrado en la mente de un muchacho, la observación, la memoria y la deducción se desarrollan solas y pasan a formar parte de su carácter, integradas en él, sea cual sea el camino que siga en la vida.

A medida que se le presentan a la mente joven las maravillas de la naturaleza, se le puede mostrar también la belleza que encierran, para que la vaya comprendiendo poco a poco. Cuando la mente ha dado cabida a la apreciación de la belleza, esta crece a la par que la observación y lleva alegría y optimismo al corazón, incluso en el ambiente más árido.

Permitidme otra digresión. Un día crudo, brumoso y oscuro, en la enorme y lóbrega estación de Birmingham, en Inglaterra, nos vimos arrasados por una multitud de trabajadores tiznados y de militares de viaje. Aun así, empecé a observar con atención a mi alrededor mientras intentaba avanzar. Seguí andando, me detuve, volví a mirar y reanudé la marcha, hasta que me hice una imagen completa de todo lo que me rodeaba. No creo que mis compañeros lo notaran, pero yo descubrí en aquella cueva sombría un rayo de luz que llenó de optimismo mis actividades de aquel día. No fue más que una enfermera de uniforme marrón, con una gloriosa melena pelirroja, que llevaba en brazos un gran ramo de crisantemos.

Quizá a vosotros no os habría parecido nada extraordinario, pero no es así para quienes tienen ojos para ver esas notas de luz que aparecen hasta en el ambiente más deprimente.

Es muy común la idea de que los niños no son capaces de apreciar la belleza y la poesía. Pero recuerdo una vez en que se enseñó a un grupo de muchachos el cuadro de una tormenta del que Ruskin había dicho que, en aquella escena de desolación, solo había un signo de paz y de belleza. Uno de ellos señaló al instante un rincón de plácido cielo azul que dejaban libre los nubarrones plumizos.

La poesía también los atrae, de un modo difícil de calibrar. Cuando el sentido de la belleza empieza a llenarlos, su mente parece ansiar expresarse de una forma distinta de la prosa de todos los días.

A veces se encuentra en la prosa poesía de la mejor calidad, pero por lo general la belleza poética se asocia al ritmo y a la rima. Por eso la rima es lo que despierta el mayor esfuerzo de los jóvenes aspirantes a poeta. Y la experiencia ya os habrá enseñado que cuanto más animéis a los poetas en ciernes por ese camino, más versos ramplones os darán a leer.

Apartad de esa senda, si podéis, a los que no tengan talento ni las dotes imprescindibles. Ya hay en el mundo demasiados poetastros.

Amplitud de miras: respeto a la religión

La amplitud de miras empieza, naturalmente, por el respeto a Dios, que podemos llamar mejor «veneración».

La veneración a Dios y el respeto al prójimo y a nosotros mismos, como siervos de Dios, son la base de toda forma de religión. La manera de expresar esa veneración a Dios varía según las confesiones y creencias. La que adopta el muchacho depende, por regla general, de la voluntad de sus padres. Son ellos quienes lo deciden, y a nosotros nos corresponde respet-

ar sus deseos y apoyar sus esfuerzos por inculcar la veneración en el niño, sea cual sea la fe que profese.

Puede haber muchas dificultades para definir la instrucción religiosa que abarca nuestro Movimiento, dada la gran variedad de confesiones que existen, y por eso los detalles de cómo expresar los deberes para con Dios deben dejarse, en su mayor parte, en manos del director espiritual. Pero no hay ninguna dificultad en sugerir la línea que debe seguirse en el terreno humano, porque casi todas las religiones comparten los deberes directos para con el prójimo.

La postura del Escultismo sobre la religión, aprobada en nuestro Consejo por los responsables de las diferentes confesiones y creencias, es la siguiente:

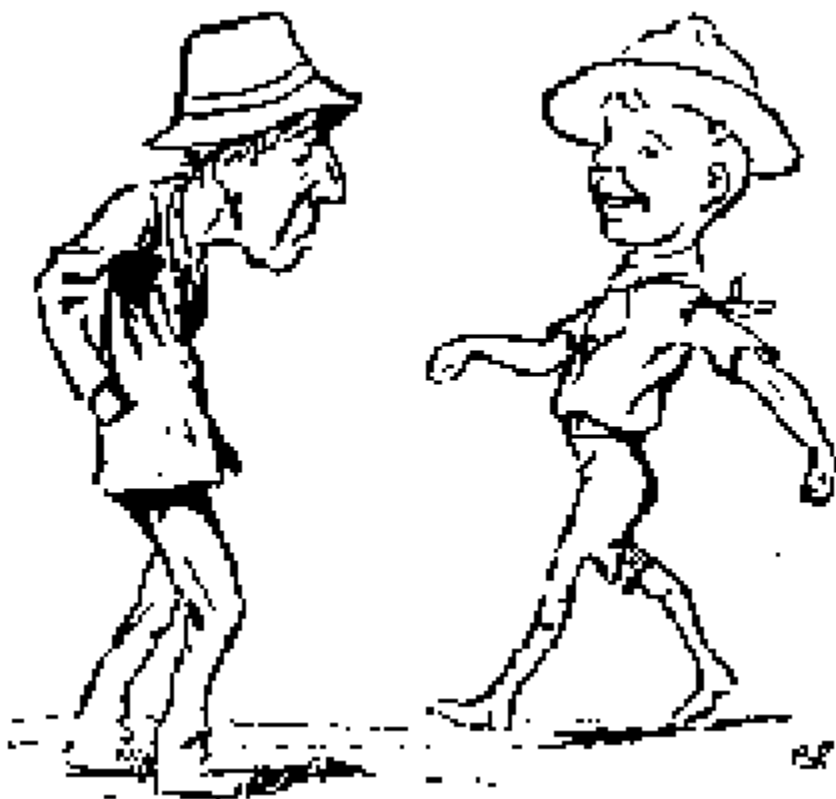
- a) «Todo scout debe pertenecer a alguna confesión religiosa y asistir a los actos o servicios que esta prescriba».
- b) «Cuando la Tropa esté formada por fieles de una misma religión, se espera que el Jefe de Tropa se ajuste a las prácticas y enseñanzas de esa religión, de la forma que crea más conveniente, de acuerdo con el capellán o las autoridades religiosas correspondientes».
- c) «Si la Tropa está formada por fieles de distintas religiones, se debe animar a cada muchacho a asistir a los servicios y prácticas de la suya, y en el campamento se puede establecer la costumbre de rezar a diario una breve oración y celebrar un servicio semanal sencillo, al que asistan voluntariamente».

El Jefe de Tropa no se equivocará mucho si toma estas normas como guía. Estoy plenamente convencido de que hay más de una manera de inculcar la veneración. Elegir una u otra depende de las circunstancias y del carácter de cada muchacho. El tipo de instrucción que le va bien a uno puede

no surtir efecto en otro, y le corresponde al instructor, sea el Jefe de Tropa o el capellán, elegir la más apropiada.

Hablando desde mi larga experiencia personal con varios miles de jóvenes que han estado a mi cargo, he llegado a la conclusión de que las convicciones religiosas han guiado muy poco los actos de la mayoría de nuestros hombres. Hasta cierto punto, esto puede deberse a que, a menudo, en la preparación religiosa del niño se ha usado la instrucción en lugar de la educación.

«Aunque el muchacho solo muestre por la calle una cara rebotante de alegría, ya es bastante. Levanta el ánimo de mucha gente que se cruza con él. Vale la pena intentar que tenga ese aire alentador, como paso hacia una felicidad mayor».



La religión se inspira, no se enseña. No es un traje de domingo, sino una parte del carácter del muchacho y del temple de su espíritu. Es un asunto personal, de convicción pura e íntima, no el resultado de una enseñanza externa.

Por eso, a veces, los mejores alumnos de catequesis dominical o de lectura de los libros sagrados se aferran demasiado a la letra del texto, pierden la idea de fondo y se convierten en fanáticos intransigentes. Mientras tanto, la mayoría, que en el fondo nunca se entusiasma con este estudio, en

cuanto deja las aulas cae en la indiferencia y la irreligiosidad, y se queda sin orientación espiritual en ese periodo difícil de la vida que va de los dieciséis a los veinticuatro años.

No todo el mundo sirve para ser un buen profesor de religión, y a menudo los más celosos son los que más fracasan, y lo peor es que no se dan cuenta.

Por suerte, entre los Jefes de Tropa contamos con un buen número de hombres competentes en este terreno. Pero quizá haya muchos que duden de su influencia, y en ese caso es preferible que busquen un capellán o un instructor con experiencia para su Tropa.

Aun así, el Jefe de Tropa puede prestar una inmensa ayuda al director espiritual, igual que se la presta al maestro de escuela, inculcando a sus muchachos, en el campo y en el local, la aplicación práctica de lo que han aprendido en teoría.

En una Tropa formada por scouts de una misma religión suele haber un capellán, al que el Jefe de Tropa debe consultar todo lo relacionado con la instrucción religiosa.

Como parte de esa preparación, conviene organizar un servicio o una clase especial. Se trata de una reunión que tiene por objeto rendir culto a Dios y fomentar el fiel cumplimiento de la Promesa y la Ley Scout, pero como complemento de las prácticas religiosas habituales, no como sustituto.

Sin embargo, muchas de nuestras Tropas están formadas por niños de diferentes creencias. Cuando es así, hay que enviar a cada muchacho a su sacerdote o pastor para que reciba la instrucción de la fe que profesa.

Otras Tropas, formadas en barrios bajos y en zonas menos desarrolladas, tienen niños que prácticamente no han recibido ninguna educación religiosa y cuyos padres les han ayudado poco o nada en este sentido. Esos chicos necesitan sistemas y métodos de enseñanza distintos de los que se

emplean con muchachos que han tenido una buena preparación religiosa.

Aquí es donde, una vez más, el Escultismo resulta muy práctico para ayudar al instructor, y ya ha dado excelentes resultados.

Ayuda mediante las siguientes prácticas:

- a) el ejemplo personal del Jefe de Tropa;
- b) el estudio de la naturaleza;
- c) las buenas acciones;
- d) la retención de los muchachos mayores.

a) Ejemplo personal. No hay ninguna duda de que, a los ojos de los muchachos, lo que cuenta en un hombre son sus actos y no sus palabras.

Por eso recae sobre los hombros del Jefe de Tropa la gran responsabilidad de obrar bien y de dejarse ver mientras lo hace, aunque cuidando de no presumir de ello. En esto, la actitud de hermano mayor, más que la de profesor, es la que más convence a los niños.

b) Estudio de la naturaleza. De la observación de la naturaleza se sacan grandes enseñanzas. En la vida de un pájaro, por ejemplo, todo sucede sin intervención del hombre, solo por obediencia a las leyes del Creador: le salen plumas de la misma forma y color que a los de su especie que viven a miles de kilómetros; migra; teje su nido igual que ellos; sus huevos tienen el mismo color; el polluelo se desarrolla, la madre lo cuida y lo alimenta, y aprende a volar. Todo ello es una lección de valor incalculable para los muchachos.

Del mismo modo, las plantas de todo tipo, con sus flores, cortezas, hojas y frutos; los animales, con sus especies y costumbres; las estrellas del firmamento, con su lugar señalado y sus órbitas fijas en el espacio, nos dan la primera idea del infinito y de la inmensa obra del Creador, de la que el

hombre no es más que una parte ínfima. Todo esto fascina a la juventud, despierta su curiosidad y su capacidad de observación, y la lleva directamente a reconocer la mano de Dios en las maravillas del universo, con tal de que haya alguien que se las muestre.

Lo que más me asombra es que algunos profesores hayan descuidado este método educativo tan fácil e infalible y, en cambio, se hayan aferrado a la instrucción bíblica como primer paso para orientar el espíritu inquieto del muchacho hacia ideas más elevadas.

c) Buenas acciones. Si el Jefe de Tropa anima un poco a los muchachos a hacer una buena acción cada día, la práctica se convierte pronto en un hábito, y ese es el mejor paso para formar a un cristiano práctico y no teórico. El niño se inclina por naturaleza hacia el bien si ve una forma práctica de hacerlo, y la norma de la buena acción diaria le da la ocasión de desarrollar y mostrar su instinto de bondad, y hace brotar en él el espíritu de caridad cristiana hacia el prójimo.

En el muchacho, expresar esa inclinación hacia el bien resulta más eficaz y más espontáneo, y encaja mejor con los métodos del Escultismo, que aceptar pasivamente unos preceptos teóricos.

d) Retención de los muchachos mayores. En cuanto un muchacho adquiere unas nociones generales y domina las cuatro reglas de la aritmética, se le lanza al mundo, en la creencia de que ya lleva bagaje suficiente para labrarse honradamente un porvenir como buen ciudadano. Al dejar la escuela primaria, suele tener la oportunidad de entrar en otros centros de enseñanza a los que puede ir después de su horario de trabajo, si quiere o si sus padres le animan. Los mejores muchachos lo hacen y acaban adquiriendo una buena cultura.

Pero ¿qué será del muchacho de pocas luces o de malas inclinaciones? Se le deja apartarse del buen camino justo en la etapa de su vida en que

ento preciso en que se convierte, física, mental y moralmente, en lo que va a ser el resto de su vida.

Aquí es donde el Movimiento Scout puede hacer mucho por el adolescente. Para colaborar en esa importante misión estamos haciendo todo lo posible por organizar los Rover Scouts, con el fin de retener al joven, mantener el contacto con él e inspirarle los ideales más elevados en la etapa de su vida en que duda entre el bien y el mal.

Respeto a sí mismo

Entre las formas de respeto que hay que fomentar en el muchacho no debe olvidarse una muy importante: el respeto a sí mismo, es decir, la dignidad personal en su sentido más elevado.

También esto se le puede inculcar, como primer paso, con el estudio de la naturaleza. Se puede estudiar la anatomía de las plantas, las aves y los moluscos, mostrando la perfección de la obra del Creador. Del mismo modo, el niño puede estudiar su propia anatomía: el esqueleto, los músculos, los nervios y los tendones, la circulación de la sangre, la respiración, el cerebro como centro que regula los actos; todo ello repetido hasta el último detalle en millones de seres y, sin embargo, distinto en cada uno, como las facciones y las huellas dactilares. Despertad en el niño la idea de que se le ha dado un cuerpo maravillosamente construido para que lo desarrolle como templo y obra exclusiva de Dios, y de que ese cuerpo está preparado para hacer buenas obras si se guía por un recto sentido del deber y de la caballeridad, es decir, por un alto fin moral.

Eso es lo que crea el respeto a sí mismo.

Por supuesto, no basta con predicarle esta norma de conducta y abandonarla después para que dé fruto por sí sola. El Jefe de Tropa debe infundírsela durante todo el tiempo que el chico esté a su cargo. Y una forma

especial de fomentarla es darle responsabilidades, confiar en él como en una persona honorable que cumple a conciencia con sus deberes y tratarlo con respeto y consideración, pero sin despertar su vanidad.

Lealtad

Además del respeto a Dios y al prójimo, la lealtad a la patria ocupa un lugar destacado, y es un factor importantísimo para que los hombres mantengan equilibradas sus miras y sus puntos de vista. Las muestras de esa lealtad, como saludar a la bandera o ponerse en pie cuando suena el himno nacional, ayudan a promoverla, pero lo esencial es desarrollar el verdadero espíritu que mueve esos gestos.

Fomentar la lealtad hacia uno mismo, es decir, obedecer los buenos dictados de la conciencia, es un gran paso para desarrollar en el muchacho el aplomo y el conocimiento de sí mismo. La lealtad hacia los demás se demuestra con hechos y no solo con palabras. El servicio al prójimo y el sacrificio personal llevan consigo necesariamente la idea de estar dispuesto a empuñar las armas para defender la patria en caso de agresión extranjera, que es el deber de todo buen ciudadano.

Pero eso no significa que el muchacho deba desarrollar un espíritu sanguinario y agresivo, ni que necesite formación en deberes militares o ideas bélicas. Eso se deja para cuando tenga madurez suficiente para juzgar con su propio criterio.

2. Salud y vigor





Interesad al muchacho en ejercitar su cuerpo de forma constante.

Es evidente que la salud y el vigor tienen un valor incalculable para seguir una carrera profesional y para disfrutar sanamente de la vida.

En la educación pueden considerarse más importantes que la «instrucción con libros de texto» y casi tan valiosos como el «carácter».

En las actividades del Escultismo podemos dar a los muchachos alguna instrucción sobre la salud y la higiene personal, tan esenciales para que lleguen a ser ciudadanos eficaces.

Nuestra tarea será aficionarlos a la práctica del deporte y enseñarles que, antes de dedicarse sin peligro a ejercicios agotadores, deben desarrollar un cuerpo sano. Esto se consigue con una alimentación sencilla y adecuada, con el cuidado de su persona en cuanto a limpieza, respiración por la nariz, descanso, ropa apropiada, hábitos regulares, templanza, etc. Debemos evitar que se vuelvan remilgados y crean que tienen tendencia a co-ger enfermedades, etc. Al contrario, hay que hacerles comprender que deben mantenerse en buena forma para el deporte, que es el fin que persigue la educación física.

Con solo media hora de reuniones ordinarias de Tropa a la semana no podemos darles una educación física formal, pero lo que sí podemos hacer es que el niño sea RESPONSABLE PERSONALMENTE DE SU PROPIA SALUD, enseñándole cómo conservarla y mantenerse sano. También podemos enseñarle unos pocos ejercicios que, bien practicados, le ayuden a desarrollar su vigor, y podemos interesarle en las actividades al aire libre y en juegos que no solo le diviertan, sino que le den una forma práctica de ganar salud, vigor y seguridad para la vida. La salud del cuerpo favorece la salud de la mente, y en este punto se enlazan la educación del carácter y la educación física.

Mantente sano

Las estadísticas muestran que hay un gran número de personas que no gozan de buena salud y que, con un poco de cuidado y atención, podrían haber sido personas sanas y útiles a la sociedad. Algunos informes de sanidad escolar han demostrado que uno de cada cinco alumnos sufre algún

defecto que le impide desenvolverse con eficacia durante el resto de su vida; un defecto, entendámonos bien, que se podría haber corregido.

Estos datos son importantísimos y señalan de inmediato tanto la necesidad como el remedio. Si se educa al niño a su debido tiempo, podrían salvarse miles cada año y convertirse en ciudadanos vigorosos y capaces, en lugar de arrastrar durante el resto de sus días una vida miserable y útil solo a medias.

Esto tiene trascendencia tanto para la persona como para toda la nación.

Mucho se ha hablado de la cultura física y del desarrollo de las generaciones futuras sobre bases mucho más amplias, y hacia ese fin apuntan los grandes esfuerzos de nuestra labor.

Pero quiero advertir a los Jefes de Tropa que no dejen que este impulso los lleve por el camino equivocado.

En el esquema del capítulo «Escultismo», en la primera parte de este libro, se ve cómo y por qué el carácter y la salud física son los principales objetivos del Escultismo, y también los medios de que nos valemos para lograrlos.

Pero no hay que olvidar que la salud no tiene por qué ser necesariamente el resultado de los ejercicios físicos.

La formación física que se da en el ejército está cuidadosamente estudiada y es excelente para el fin que persigue. Está pensada para desarrollar la musculatura, y los soldados mejoran muchísimo su constitución física con esta preparación intensa. Pero a menudo es artificial y tiene por objeto conseguir el desarrollo que no se obtuvo de forma natural.

Los ejercicios violentos no son naturales. El guerrero zulú, aunque es un espléndido ejemplar de la raza humana, no sabe absolutamente nada de gimnasia sueca. Y el muchacho corriente, que ha jugado al fútbol y se ha mantenido en buena forma con ejercicios de vez en cuando, tampoco

necesita recurrir a ejercicios violentos para seguir desarrollándose de forma armoniosa.

Son los juegos al aire libre, las caminatas, la vida en tienda de campaña y la alimentación sana, junto con el descanso adecuado, lo que da al cuerpo salud y vigor de forma natural, y no de manera artificial y pasajera.

Nadie lo discute. Es sencillo en teoría, aunque en la práctica hay algunas dificultades que vencer.

Los muchachos de ciudad o los que trabajan todo el día en las fábricas no tienen ocasión de salir al aire libre a jugar, y lógicamente deberían aprovecharla los que trabajan en el campo y los niños de los pueblos. Pero resulta que un muchacho de campo rara vez conoce un juego, ¡y ni siquiera sabe correr! Es desconcertante ver qué pocos muchachos saben hacerlo.

El paso ágil y natural solo se adquiere practicando la carrera. Sin ese ejercicio, el pobre muchacho desarrolla el andar lento y pesado del campesino o el paso irregular y arrastrado del habitante de la ciudad. ¡Y cuánto carácter revela el porte airoso de un hombre!

Juegos organizados

Uno de los objetivos del Escultismo es organizar equipos deportivos y juegos que, además de mejorar la salud, fortalezcan el carácter del muchacho. Estos juegos deben ser interesantes y despertar el espíritu de competencia. Con ellos se puede inculcar en los muchachos hombría, respeto a las reglas, disciplina, dominio de sí mismos, determinación, fortaleza de ánimo, capacidad de mando y serenidad durante el juego.

Como ejemplos de estos juegos y ejercicios podemos citar las escaladas de toda clase (por escaleras, cuerdas, árboles, rocas, etc.), las carreras sobre tablones, las carreras de obstáculos, los juegos de vista rápida, los

inatas, los saltos, las carreras de relevos, la pelea de gallos, las danzas regionales, los cantos y las canciones acompañadas de gestos. Estas y muchas otras actividades ofrecen un programa amplio y variado de competiciones y torneos entre patrullas, que un Jefe de Tropa observador puede ir encadenando para desarrollar determinadas partes del cuerpo.

A mi entender, los juegos activos del Escultismo son la mejor forma de educación física, porque muchos de ellos encierran también una educación moral. Además, no cuestan dinero, porque no necesitan patios de recreo bien cuidados, ni aparatos, ni nada parecido.

Es muy importante organizar los juegos y competiciones, en la medida de lo posible, de modo que participen todos los scouts, porque el objetivo no es sacar unos pocos campeones y descuidar el desarrollo físico de los demás. Todos deben practicar y alcanzar cierto grado de perfección. Conviene organizar los juegos sobre todo como encuentros entre equipos formados por las patrullas. En las pruebas con muchos participantes, los desempates se harán entre los que tengan menos puntos, al revés de la costumbre de hacerlo entre los vencedores; así se averigua quién es el peor y no quién es el mejor. El muchacho se esfuerza tanto por no quedar el último como por quedar el primero y ganar un premio. Este tipo de concurso es muy provechoso, porque da más práctica a los más atrasados.

Con el Escultismo podemos enseñar a cualquier muchacho, sea de ciudad o de campo, a tomar parte en los juegos y, con ello, a disfrutar de la vida mientras fortalece su cuerpo y su temple moral.

Gimnasia

Cuando no hay bastantes ocasiones de practicar juegos, la gimnasia es una forma intensa de actividad para desarrollar el cuerpo, y puede usarse muy bien como complemento de ellos, siempre que:

1. Los ejercicios no se hagan como simples movimientos mecánicos de calistenia, sino como algo que el muchacho entienda bien y quiera practicar por su cuenta, consciente del beneficio que le reporta.
2. El instructor sepa algo de anatomía y comprenda el daño que ciertos movimientos pueden causar a un cuerpo en pleno crecimiento.

Los seis ejercicios físicos que se describen en *Escultismo para muchachos* puede enseñarlos sin peligro para el chico un Jefe de Tropa que no sea experto en anatomía. Estos ejercicios no deben convertirse en una actividad rutinaria de las reuniones: cada scout, una vez que los ha aprendido, debe practicarlos en casa en sus ratos libres.

Debemos hacer todo lo posible para que el chico se interese por ejercitar su cuerpo de forma constante y practique con ánimo y tesón las pruebas difíciles hasta que le salgan a la perfección.

Una buena idea, por ejemplo, es que cada Tropa adopte su propio sistema de ejercicios sencillos, como saltos de altura o de longitud, de modo que luego cada muchacho, por su cuenta, pueda desarrollar su destreza y alcanzar por sí mismo un grado mayor de perfección.

También se verá que los equipos uniformados despiertan un entusiasmo considerable en los muchachos. El uniforme de cualquier deporte fomenta el compañerismo entre los que lo practican y, de paso, obliga a cambiarse de ropa antes y después del juego, lo que a su vez trae consigo la higiene y el hábito del aseo.

Así, el muchacho desarrolla muy pronto un interés personal claro por mantenerse en forma, y ese interés puede aprovecharse como base para enseñarle cosas valiosas sobre limpieza, alimentación adecuada, higiene, continencia, templanza, sobriedad, etc. Todo esto, en conjunto, es lo que se llama educación física.

Ejercicios

Mucha gente recomienda con insistencia el ejercicio sistemático y la rigidez militar como el método más adecuado para el desarrollo físico de los jóvenes. Yo tengo mucha experiencia en eso, y opino que, si se obliga a un joven a hacer ejercicio una hora a la semana con el fin de fortalecerlo físicamente, los resultados dejarán mucho que desear.

La instrucción a la que se somete a un soldado día tras día, durante meses y meses, produce sin duda un desarrollo físico admirable. Pero los instructores militares, que son expertos competentes, tienen a los reclutas bajo vigilancia constante y sujetos a una disciplina estricta, y aun así cometen errores de vez en cuando: esos métodos provocan con frecuencia afecciones cardíacas y otras dolencias, incluso en hombres fuertes y en la plenitud de la vida.

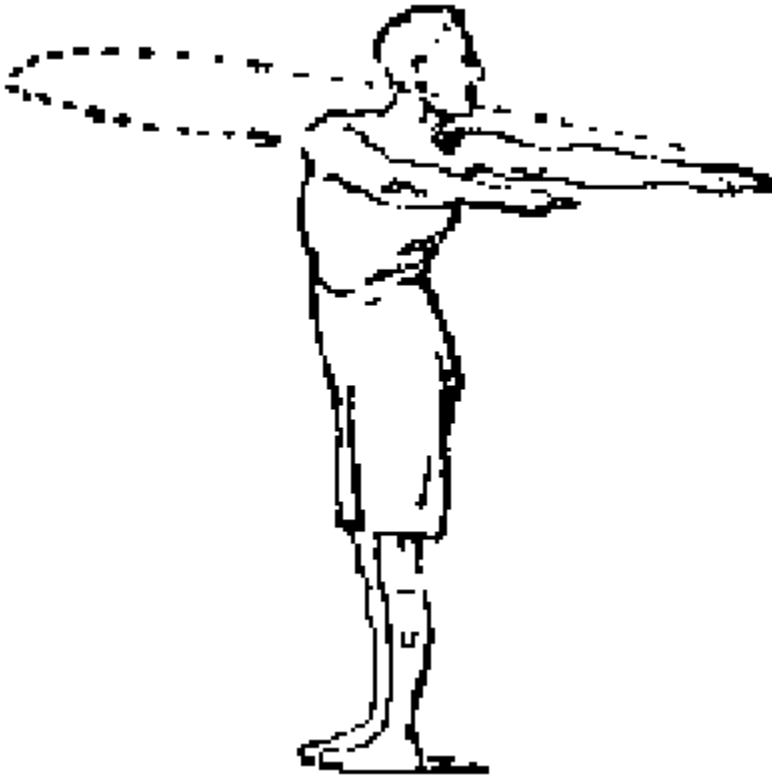
Además, el ejercicio hecho de esa manera pertenece al terreno de la instrucción. Tiene todo el aspecto de algo impuesto y rígidamente doctrinario. De ningún modo debe considerarse un método educativo con el que los muchachos aprendan por sí solos, enseñándose a sí mismos.

Con los scouts, he insistido muchas veces en que esa clase de formación no debe usarse mucho. Aparte de las objeciones de algunos padres al militarismo, este sistema no nos gusta por otros motivos, además de los ya mencionados. Uno de ellos es que un jefe poco capaz no llega a entender el propósito fundamental del Escultismo (es decir, el desarrollo espontáneo de la persona) y, aunque lo entendiera, le falta originalidad para enseñarlo; así que recurre a la instrucción militar rutinaria como un medio fácil de dar a sus muchachos cierto buen aspecto superficial, para que causen buena impresión en cualquier desfile.

Pero también hay Jefes de Tropa que se van demasiado al extremo contrario y dejan que sus muchachos se presenten desaliñados en todas partes, como si no tuvieran disciplina ninguna, lo cual es peor todavía. Lo apropiado es buscar un término medio: darles la instrucción suficiente para enseñarles cómo deben comportarse, e inspirarles un compañerismo sincero que los anime a superarse y a portarse como hombres que saben mantener alto el prestigio de su Tropa. Para lograrlo hará falta algo de ejercicio sistemático de vez en cuando, pero de un modo que no perjudique la clase de formación que consideramos más apropiada para los scouts.

Haz que el muchacho comprenda que es un ser consciente y, por tanto, responsable del cuidado de su cuerpo y de su salud, y que desarrollar ese cuerpo lo mejor posible forma parte de sus deberes para con Dios.

Todo el ejercicio que necesitan nuestros muchachos para adoptar la actitud correcta y un porte varonil puede reducirse a unos minutos de gimnasia en silencio, o a algún juego sencillo, al comienzo de cada reunión. No queremos que se descuiden del todo los ejercicios, pero nos parece oportuno decir que sería preferible un simulacro de maniobras de bomberos, la construcción de puentes o algo parecido. Eso exige destreza, actividad y disciplina; pero lo importante es que cada muchacho tiene que usar su propia inteligencia en la parte del trabajo que le toca para que todo el grupo tenga éxito. Además, la competición interesa mucho a los muchachos y también a quienes los observan trabajar; y, por último, esa forma de cooperación fomenta el entusiasmo y el juego limpio.



Es esencial que los muchachos que pierden un juego no muestren nunca resentimiento ni acusen al adversario de jugar sucio o de decidir injustamente. Por grande que sea su decepción, deben reconocer con nobleza la superioridad del contrario. Así demostrarán su disciplina y su dominio de sí mismos, y eso fomenta los sentimientos elevados tan necesarios para acabar con los prejuicios.

En cuanto a otros aspectos, recuerdo cierto regimiento magnífico cuyos reclutas apenas habían recibido instrucción. Se les explicó cómo de-

iera hecho hábito, podrían disfrutar de sus diversiones y se los consideraría soldados de verdad. Es decir, la tarea de formarse se dejó en sus manos, en lugar de recurrir a meses de instrucción tediosa para inculcarles el comportamiento militar. Y aquellos hombres se formaron a sí mismos y unos a otros con tanto éxito que dejaron de ser reclutas en menos de la mitad del tiempo habitual.

Ahí tenemos otro ejemplo de la diferencia entre instrucción y educación. Aquel resultado admirable se consiguió despertando la ambición de cada uno y confiándoles toda la responsabilidad. Y esa es exactamente, en mi humilde opinión, la forma más sencilla de lograr el desarrollo físico y mental de los jóvenes. Pero sin olvidar nunca que los deportes, el aire libre, una alimentación nutritiva y el descanso adecuado contribuyen mucho más al desarrollo normal del organismo humano que todos los ejercicios militares imaginables.

Al aire libre

El oxígeno da fuerzas. En cierta ocasión pude observar a un grupo de scouts haciendo ejercicio en su propio local. Fue un espectáculo animado e interesante, pero el ambiente no tenía nada de animado. El aire que se respiraba allí dentro no era propiamente dañino, pero le faltaba frescura. La ventilación era deficiente y, aunque los muchachos se movían con la precisión de máquinas perfectas, aquel aire anulaba el beneficio de su esfuerzo en lugar de enriquecerles la sangre con oxígeno estimulante.

La mitad de los buenos resultados del ejercicio físico dependen del aire puro, que, cuando hay ocasión, se aprovecha tanto a través de la piel como por la nariz. Dicho de otro modo, el secreto del éxito está en el aire del campo; y el propósito fundamental del Escultismo es, en realidad, crear el hábito de salir a menudo a disfrutar del aire libre todo lo posible.

Una vez, en una ciudad bastante importante, pregunté a un Jefe de Tropa si llevaba a sus muchachos de excursión los sábados al parque o al campo, y me contestó que ni siquiera hacían excursiones. ¿Y por qué? Pues porque a sus muchachos no les gustaban. Preferían reunirse el sábado por la tarde en su propio local. ¡Claro que lo preferían! Porque estaban acostumbrados precisamente a eso: a quedarse en casa. Y nosotros debemos evitar que los muchachos del Escultismo caigan en la costumbre de pasar demasiado tiempo en casa. Debemos animarlos a salir a menudo y procurar que les interesen las salidas al campo.

A propósito de esto, permítanme citar unas palabras de Alejandro Dumas. «Si yo fuera rey de Francia —escribió una vez el famoso novelista—, no permitiría que ningún niño menor de doce años entrara en una población. Hasta esa edad, los niños vivirían en el campo: bajo el sol, en los bosques, en compañía de perros y caballos, cara a cara con la naturaleza, que robustece el cuerpo, fortalece la inteligencia, inspira poesía al alma y despierta una curiosidad más valiosa que todos los libros de texto del mundo.

»Así, los niños aprenderían a interpretar los ruidos y el silencio de la noche, y adquirirían la mejor de todas las religiones: la que Dios mismo nos muestra en el esplendor de sus maravillas.

»Y a los doce años, fuertes y con una mente despejada y comprensiva, ya estarían preparados para recibir la enseñanza metódica que conviniera darles, y que entonces podría impartírseles con facilidad en pocos años.

»Pero, por desgracia para los chiquillos y por suerte para Francia, yo no soy el rey.

»Lo único que puedo hacer es expresar mis ideas y señalar el camino. Mi opinión es que la educación física debe ser el primer paso en el desarrollo del niño».

Esas palabras de Alejandro Dumas pueden servirnos de guía. Y nosotros, en el Escultismo, si somos fieles a nuestra verdadera misión, podemos dar un paso de gigante en esa dirección, sin olvidar nunca que nuestro ambiente es el aire libre. Pero, como hoy pasamos la mayor parte de la vida en las ciudades, corremos el riesgo de perder el rumbo.

Nuestra organización no es un club ni un aula, sino más bien una escuela práctica para estudiar las maravillas de la naturaleza. Tenemos que salir al campo a menudo, como jefes o como simples scouts, para fortalecer la salud del cuerpo y del espíritu.



Lo que más entusiasma a los muchachos de esta enseñanza es la vida de campamento, que ofrece al Jefe de Tropa la mejor oportunidad para su labor constructiva.

El campamento cautiva la imaginación de los jóvenes por los muchos detalles interesantes de la vida en el campo: preparar la comida con lo que

haya, los juegos en el bosque o en el monte, el rastreo, la exploración, ingeniárselas para salvar obstáculos, las canciones alegres alrededor del fuego, etc.

Necesitamos tener a nuestra disposición algún espacio al aire libre: un terreno propio, a ser posible por tiempo indefinido, y de fácil acceso para los scouts. Además, a medida que el Escultismo progrese, los terrenos de acampada deben formar parte de cada centro.

Esos terrenos podrán servir como centros de formación para los dirigentes del Escultismo, donde estos puedan aprender el arte de acampar y adquirir el espíritu de fraternidad que nace de vivir en contacto directo con la naturaleza. Ya se han creado muchos con ese fin, y también para que los scouts acampen en ellos, de modo que su utilidad está más que demostrada; pero debemos conseguir más terreno antes de que los alrededores de nuestras ciudades se destinen a urbanizaciones.

Y recordemos que «vida de campamento» es algo muy distinto de «vivir en tiendas». Por ejemplo, hace algún tiempo me enseñaron un campamento para escolares con las tiendas perfectamente montadas y alineadas, una gran carpa como comedor y otra cómoda para la cocina. Además, había caminos pavimentados y casetas de baño de madera. Un contratista lo había planeado y construido todo admirablemente. El funcionario organizador pagó una suma de dinero y todo quedó muy bien hecho. Desde el punto de vista comercial, fue una operación sencilla y satisfactoria. Allí los niños podían vivir en tiendas con toda comodidad.

Pero aquello no era acampar. Vivir en tiendas de campaña es algo muy distinto de lo que nosotros llamamos acampar. Cualquier borrico puede vivir bajo un techado donde no es más que uno de la recua y donde recibe todo lo que necesita sin hacer el menor esfuerzo por conseguirlo. Lo que se saca de una temporada en un sitio así no compensa que los muchachos salgan de casa.

El campamento es indispensable para formar bien a una Tropa. Pero debe ser un campamento donde nunca haya ociosidad.

Lo que de verdad interesa a los jóvenes, y además los educa, es el auténtico acampar: el campamento montado por los propios muchachos, hasta el punto de hacer sus propias tiendas y aprender a cocinar su comida. Luego viene lo demás: montar las tiendas en sitios escogidos por ellos mismos; buscar leña y agua potable; preparar un lugar para bañarse, las cocinas de campaña, las letrinas y los hoyos para la basura; fabricar y usar utensilios y muebles de campamento, etc. Eso es lo interesante, lo que despierta entusiasmo, y además es una formación de valor incalculable.

Cuando se reúne un gran número de muchachos en un pueblo de tiendas, hay que recurrir al ejercicio sistemático y a la instrucción general para tenerlos ocupados a todos a la vez. Pero con grupos pequeños, además de las tareas del propio campamento, que llevan mucho tiempo, hay constantes ocasiones de aprender sobre la naturaleza y de fortalecer la salud del cuerpo y de la mente con carreras, caminatas y otras diversiones, aprovechando todo lo que ofrece el entorno.

El campamento ideal es aquel en que todo el mundo está contento, alegre y ocupado; en que las Tropas se mantienen siempre unidas, y en que todos los acampados están orgullosos de su trabajo y de su grupo.

Un detalle que merece especial atención es que, en un campamento pequeño, el ejemplo del Jefe de Tropa tiene una influencia enorme. Como vive entre los muchachos, cada uno de ellos puede observarlo e imitarlo, a veces sin darse cuenta y quizá sin que él mismo lo advierta. Por eso se verá que, si el Jefe de Tropa es perezoso, sus muchachos se volverán holgazanes. Del mismo modo, si él tiene el hábito del aseo, ellos lo adquirirán; y si es ingenioso, los muchachos que lo rodean pronto querrán imitarlo y aguzarán el ingenio inventando artilugios y utensilios.

Pero el Jefe de Tropa no debe perder el tiempo haciendo las tareas que corresponden a sus scouts, sino conseguir que ellos trabajen todo lo posible. En esto, el mejor lema es: «Si quieres que algo se haga, no lo hagas tú mismo». Queremos campamentos limpios y sanos, que cumplan todas las normas e indicaciones locales, pero que sean también campamentos donde los scouts puedan vivir una vida lo más parecida posible a la de los auténticos pioneros de antaño.

Natación, remo y señales

De todas las clases de ejercicio físico, la natación destaca por estas ventajas:

- es una diversión agradable que interesa mucho a los jóvenes;
- fomenta el hábito del aseo personal;
- desarrolla la determinación y el ánimo;
- crea y refuerza la confianza en uno mismo;
- ejercita el tórax y los órganos respiratorios;
- fortalece los músculos de todo el cuerpo;
- y da un medio para salvar la vida de otras personas.

El remo es otro medio excelente para desarrollar la musculatura, y a los scouts les gusta mucho. Además, como solo se les deja remar cuando ya saben nadar bien, es un incentivo para aprender a nadar.

La práctica de las señales desarrolla la inteligencia y, al mismo tiempo, es un ejercicio físico valioso que educa la vista y fortalece muchos músculos del cuerpo. Pero debe practicarse al aire libre, para que no se convierta en una gimnasia monótona, inútil y sin ningún objetivo provechoso.

La higiene personal

El aseo

Para conservar la salud, el aseo es fundamental. Y, a propósito de esto, conviene enumerar algunos hábitos que deben inculcarse a los jóvenes, porque servirán de pauta y recordarán a menudo la enorme importancia de la higiene en todos sus aspectos. Uno es frotarse el cuerpo con una toalla húmeda cuando no hay posibilidad de bañarse. Otro es la costumbre de lavarse las manos antes de cada comida e inmediatamente después de cualquier cosa que las ensucie.

Para inculcar estos hábitos y otros parecidos a los jóvenes, y para que tengan siempre presente la necesidad de una limpieza escrupulosa, pueden usarse diversos recursos. Acabar con las moscas, por ejemplo, además de ser un servicio público importante al que deben dedicarse los scouts, tiene la ventaja de enseñar a los muchachos a protegerse de los microbios, tan pequeños que pueden viajar pegados a las patas de un insecto, pero tan peligrosos que pueden matar a cualquiera.

Alimentos

De todos los aspectos de la educación de un niño, pocos son tan importantes como la alimentación; pero muchos padres pecan de una ignorancia absoluta en este asunto, y lo mismo les pasa a los muchachos. Por eso conviene tanto que todo Jefe de Tropa sepa algo de alimentos y nutrición. Así podrá proteger la salud de sus muchachos y ayudarles a reponer fuerzas como es debido, sobre todo cuando están de campamento.

Los detalles importantes en esta materia son muchos, pero basta con mencionar dos o tres para subrayar su trascendencia. En cuanto a la cantidad, por ejemplo, un muchacho de entre trece y quince años no necesita comer más del ochenta por ciento de la ración adecuada para un hombre adulto; pero, si se le deja, es capaz de comerse hasta el ciento cincuenta por ciento.

Templanza

La sobriedad es una virtud de primera importancia, tanto en los jóvenes como en los mayores. Pero en un muchacho moderar el apetito, en cantidad y en el tipo de alimentos, se considera especialmente importante porque le enseña a imponerse privaciones. Quizá nadie haya logrado medir con exactitud la capacidad de un muchacho para engullir comida; pero se verá que se vuelve ejemplarmente sobrio si se le muestra un objetivo que justifique el esfuerzo, como estar en forma para el atletismo, por ejemplo. Así, la templanza pasa a formar parte de su formación moral y física a la vez.

Continencia

De todos los aspectos de la educación de un niño, uno de los más importantes, y el más difícil, es la higiene sexual. En ella hay que tener en cuenta todos los demás aspectos a la vez, relativos al cuerpo, la mentalidad y el carácter de cada uno, así como otros muchos relacionados con su ambiente y las costumbres de su región. El Jefe de Tropa debe abordar el asunto con mucho tacto, según lo que pida cada caso. Los educadores todavía no han encontrado la manera más eficaz de resolver un problema tan delicado. Pero es un problema que, en lo que respecta a los niños en general, no se puede dejar de lado.

Todavía existe una fuerte barrera de prejuicios y mojigatería en la actitud de muchos padres y de gran parte de la gente, que se opone a avanzar poco a poco en este terreno. Hay que reconocerlo y tratarlo con todo el tacto necesario. Los padres tienen el deber de ocuparse de que sus hijos reciban la enseñanza adecuada; pero muchos lo descuidan y luego buscan excusas para justificarse, sin saber quizá que su negligencia roza lo criminal.

Sobre esta importante cuestión, un distinguido especialista, el doctor Allen Warner, ha dicho lo siguiente: «Se ha expresado a menudo el temor de que esta enseñanza dé lugar a ciertos hábitos perjudiciales; pero no hay ninguna prueba de ello y, en cambio, la experiencia demuestra que la falta de información lleva al naufragio físico y moral de numerosas vidas».

Estas afirmaciones son irrefutables. El autor de estas líneas puede confirmarlo con abundantes datos reunidos durante muchos años de observación personal. La inmoralidad oculta que existe hoy presenta aspectos verdaderamente alarmantes. Y un detalle muy digno de mención es que, como el tema se considera una especie de tabú en la conversación entre adultos y menores, se vuelve provocativo y tentador, y como consecuencia los jóvenes suelen adquirir una información equivocada que se transmiten unos a otros.

En la obra *Lo que un muchacho debe saber* (*What a Boy Should Know*), los doctores Schofield y Jackson dicen lo siguiente: «El desarrollo sexual se produce poco a poco, y es una seria desgracia que los vicios perjudiciales empiecen y se practiquen a una edad muy temprana. Recordando el viejo refrán de que hombre prevenido vale por dos, hay que decir a los niños lo que les espera, porque pronto entrarán en el periodo arriesgado de la pubertad, y no debe permitirse que lleguen a él sin los conocimientos necesarios para afrontar las nuevas dificultades de su desarrollo».

En este asunto, el Jefe de Tropa encontrará un amplio campo para hacer el bien. Pero antes debe averiguar si el padre del muchacho se opone a que su hijo reciba estas nociones. Además, le conviene consultar a otras personas que conozcan bien al muchacho, y debe asegurarse de que él mismo tiene la experiencia y los conocimientos suficientes.

Una buena manera de empezar es tocar esta cuestión mientras habla de otras, con sencillez y naturalidad, como lo haría un hermano mayor. A algunos Jefes de Tropa quizá les parezca muy difícil si nunca lo han hecho; pero descubrirán que es una tarea relativamente fácil y, sin embargo, de un valor incalculable.

Hay que hacer comprender al muchacho que el aseo personal es cosa de hombres. Para lograrlo, conviene tenerlo siempre ocupado en trabajos y diversiones sanos, lo cual se considera un método muy eficaz para ayudarlo a rechazar los pensamientos obscenos y los hábitos degradantes.



A los niños les interesa que se les explique cómo se reproducen las plantas y los animales. Del mismo modo, se verá que muestran mucho interés cuando se les cuenta que cada uno de ellos lleva también dentro de sí el germen de otro ser humano, y que ese germen se ha transmitido de padres a hijos a lo largo de incontables generaciones. Dios le ha confiado ese germen, y su deber es conservarlo hasta que se case y pueda transmitirlo a su esposa para continuar la cadena de la reproducción; antes de eso no debe malgastarlo. Olvidarlo es deshonroso, y tendrá que rechazar las tentaciones que lo empujen a descuidar la obligación sagrada de custodiar ese tesoro que Dios le ha confiado.

En términos generales, esta es una forma bastante adecuada de transmitir estos conocimientos a los jóvenes; pero recordemos que habrá que tener en cuenta el carácter particular de cada muchacho, y que cada caso exigirá tratar la cuestión de manera distinta. Lo principal, desde luego, es que el Jefe de Tropa se gane primero la confianza del muchacho y que entre los dos se establezca una relación de hermanos que les permita hablar con franqueza y libertad.

Por último, hay que añadir una breve advertencia para los dirigentes del Escultismo que sean jóvenes y tengan poca experiencia. El hecho de que, por su edad, estén más cerca del muchacho que otras personas mayores no siempre es una ventaja. Con frecuencia resulta un inconveniente, y a veces es un verdadero peligro. Algunas afirmaciones que el autor de estas líneas publicó anteriormente se han interpretado en el sentido de que todo Jefe de Tropa tiene el deber de instruir a cada uno de sus scouts en los detalles de la higiene sexual. Pero nunca fue esa su intención, porque opina que hacerlo así podría a veces desquiciar el papel de la familia. Lo que de verdad quería era pedir a los Jefes de Tropa que prestaran atención a este aspecto importante del desarrollo de cada uno, y sugerirles que procuraran que sus scouts recibieran esa enseñanza de la persona más capacit-

ada para darla, en el momento oportuno y de la forma más adecuada. Además, el autor opina que muchas veces quien mejor puede hacerlo no es el Jefe de Tropa, sino quizá el padre, el médico, el director espiritual u otra persona muy cercana al muchacho.

Restricciones

Hace algún tiempo, alguien publicó una edición de *Escultismo para muchachos* en la que se ordenaba tajantemente que los scouts no debían fumar nunca. Esto nos lleva a recordar que, por lo general, es contraproducente ordenar así a los muchachos que no hagan ciertas cosas, porque ese método casi siempre les presenta una tentación irresistible de hacer justo lo contrario. Lo apropiado es aconsejarles con tacto, y en positivo, contra los hábitos perjudiciales, o hablarles de ellos como de tonterías y ridículos despreciables; así es casi seguro que se les convencerá de evitarlos, sobre todo cuando se trata de malas costumbres que los jóvenes adquieren con facilidad, como blasfemar, fumar y otras parecidas. También conviene fijar ciertas normas de buen tono y crear entre los muchachos una especie de opinión pública que marque la línea de conducta que deben seguir para mostrarse educados y caballerosos ante los demás.

A algunos quizá les parezca una manera extraña de enseñar disciplina y fortalecer la salud. Pero la experiencia demuestra que da buenos resultados.

Equilibrio

Quizá algunos de mis lectores hayan observado que a veces se incluye en la gimnasia militar un ejercicio que consiste en hacer andar a los soldados por un tablón colocado de canto a varios palmos del suelo. Se ha descu-

os adquieren o refuerzan la capacidad de dominarse y de controlar los nervios. Es más, el experimento ha llegado tan lejos que se ha visto cómo un soldado que fallaba en las pruebas de tiro recuperaba el dominio de sí mismo y la capacidad de concentración tras practicar varias veces ese ejercicio de «andar por el tablón».

Es un ejercicio que interesa a los muchachos; pero, para empezar a practicarlo, deben usar un balancín, que pueden hacer fácilmente atando varios bordones en haz, porque al principio quizá necesiten un contrapeso que les ayude a mantener el equilibrio.

Como ya he dicho, estos ejercicios fortalecen el carácter, y esa es una de las razones por las que lamento la tendencia moderna a anteponer la seguridad a todo lo demás. Para que la vida sea vigorosa hace falta cierta dosis de peligro, y para alargarla es necesario ejercitar de vez en cuando nuestro valor enfrentándonos a lo peligroso. Los scouts tienen que prepararse para encontrar dificultades y peligros en la vida. Por eso hay que procurar que su formación no padezca de demasiado blanda.

Scouts de extensión

Hoy en día, muchos muchachos lisiados, sordomudos o ciegos encuentran salud, felicidad e ilusiones en el Escultismo como nunca antes habían podido hacerlo. La mayoría no puede superar las pruebas reglamentarias, y se les preparan pruebas especiales.

Por lo general, orientar y ayudar a estos muchachos desvalidos es una tarea muy difícil, que exige mucha más atención y paciencia que la formación de muchachos normales. Pero el resultado lo justifica. Así lo demuestra de sobra el testimonio de médicos, enfermeras y maestros (que en su mayoría no son scouts) sobre el bien que el Escultismo hace a estos muchachos y, de rebote, a los asilos que los acogen.

Pero lo verdaderamente admirable de estos muchachos es la alegría que muestran y sus ganas de hacer en el Escultismo todo lo humanamente posible dadas sus circunstancias. No quieren privilegios que les den ventaja sobre los demás, ni más pruebas o trato especial que los absolutamente imprescindibles. El Escultismo los ayuda dándoles la oportunidad de pertenecer a una fraternidad mundial; ofreciéndoles algo que hacer, o una meta a la que aspirar, y dándoles medios para demostrarse a sí mismos, y demostrar a los demás, que pueden hacer cosas que otros consideran difíciles.

3. Artes manuales y destreza



El muchacho que demuestra iniciativa es el que será elegido para recibir la distinción.

Hoy, como siempre, se observa un lamentable desperdicio de recursos humanos. Se debe sobre todo a los errores en la formación. A la mayoría de los jóvenes no se les inculca el amor al trabajo. Aunque a los muchachos se les enseñen oficios o técnicas comerciales, y se desarrollen en ellos las cualidades necesarias para triunfar en distintas profesiones, rara vez se

les enseña cómo emplear su habilidad para labrarse una carrera, ni se enciende en ellos la llama de las ambiciones nobles y elevadas. Por eso encontramos con demasiada frecuencia clavijas cuadradas en agujeros redondos.

Nadie sabe con exactitud dónde está el error, pero es indiscutible que la situación es esa. Así, los muchachos que no tienen una inclinación natural a orientarse quedan a la deriva y se convierten en derrochadores o en lastres para la sociedad. Llevan su propia desdicha auestas. Se convierten en una carga para el Estado y muchas veces en un peligro para la paz y la tranquilidad de la nación. Además, muchos de los que entre ellos han logrado triunfar de algún modo habrían tenido sin duda más éxito si hubieran recibido una educación más práctica.

Con el Escultismo podemos hacer algo para remediar esos males. Podemos dar unos cuantos pasos para ofrecer incluso al chaval más pobre un rumbo y una oportunidad en la vida, o al menos darle alguna esperanza y enseñarle algún oficio.

¿De qué manera? Naturalmente, lo primero que se nos ocurre son las Especialidades de artes manuales. Pero hay que recordar que, aunque las llamamos artes manuales, según nuestros criterios son algo más que aficiones: forman parte del sistema que usamos para orientar a los muchachos a partir de un comienzo fácil. Después, estas aficiones se acercan más a las Especialidades, como formación profesional para los scouts de primera clase. Mientras tanto, las aficiones o pasatiempos tienen su propio valor. Con ellas el muchacho aprende a usar las manos y la cabeza, y poco a poco empieza a sacar provecho del trabajo. Puede que para un muchacho sigan siendo una afición durante muchos años, mientras que para otro quizá sean el primer paso hacia un oficio que acabe convirtiéndose en su profesión. En cualquier caso, el muchacho que las practica no correr

á tanto peligro de acabar siendo un derrochador, porque las aficiones son un antídoto contra las artimañas de Satanás.

Pero, sin ciertas cualidades, las aficiones o artes manuales no bastarán para orientar al muchacho hacia una profesión. Por eso, el artesano necesita disciplina. Tiene que adaptarse a las indicaciones del jefe o del encargado y al ambiente de sus compañeros de trabajo. Tiene que ser formal, serio, eficiente y dispuesto.

Además, necesita energía, y esta depende de la ambición, la destreza, el ingenio y la salud que tenga.

¿Cómo aprovechamos nosotros todo esto en la formación de los scouts?

Primeras prácticas

El primer paso para que un scout se dedique a los trabajos manuales se da con más facilidad en el campamento que en ningún otro sitio. Al construir chozas, talar árboles, tender puentes, improvisar utensilios, montar tiendas, tejer alfombras y esteras en los telares del campamento, etc., los muchachos adquieren las nociones básicas y se inician en los oficios manuales, mientras descubren que esas tareas son muy útiles para estar cómodos durante la temporada de campamento.

Después de empezar así, les interesará mucho seguir practicando sus aficiones en las noches de lluvia o de frío. Y les servirá de gran estímulo saber que recibirán algún reconocimiento, cuando se les concedan insignias por su pericia, o cuando ganen algo de dinero vendiendo un trabajo bien hecho. Así, paso a paso, pronto se convierten en trabajadores enérgicos y entusiastas.

Especialidades

Las insignias que se conceden como reconocimiento de la habilidad sirven para despertar el interés por las aficiones o los trabajos manuales, uno de los cuales quizá se convierta algún día en una profesión o, al menos, evitará que el muchacho se sienta perdido cuando salga solo al mundo.

Las insignias son simplemente un incentivo para que los muchachos adopten aficiones u ocupaciones y progresen en ellas. Ante los demás, son la prueba de que el muchacho lo ha intentado; su propósito no es demostrar que quien las lleva domina el oficio en el que se ha iniciado. Si alguna vez intentáramos hacer del Escultismo un sistema formal de enseñanza seria y de rendimiento, se perdería todo el valor y la esencia de la formación a la que nos dedicamos, y correríamos el riesgo de meternos en el terreno de las escuelas sin tener los expertos necesarios.

Queremos encauzar a TODOS nuestros muchachos, dándoles impulso para que avancen en su desarrollo espontáneo, y no mediante una enseñanza obligatoria de materias.

Pero el sistema de Especialidades del Escultismo sirve también para dar al Jefe de Tropa un instrumento con el que estimular a los scouts y llevarlos hacia aficiones que les ayuden a formar su carácter y a desarrollar su destreza.

Es un instrumento que, bien utilizado, puede despertar ambición y esperanza incluso en los más torpes y en los más apocados, que de otro modo se quedarían rezagados muy pronto y quizá acabarían desesperanzados e inútiles en la lucha por la vida. Por eso no se fijan niveles de habilidad. Nuestro método de conceder insignias no se basa en alcanzar cierto nivel de habilidad, sino en el ESFUERZO QUE HACE CADA MUCHACHO PARA ADQUIRIR CONOCIMIENTOS O DESTREZA.

Así, los más torpes o desanimados y los más inteligentes o aventajados tienen las mismas posibilidades y oportunidades.

De este modo, un Jefe de Tropa comprensivo y concienzudo, que ha estudiado la psicología de sus muchachos, puede poner a algunos dificultades estimulantes, de manera que los torpes empiecen en igualdad de condiciones con los más inteligentes. Y al muchacho apocado y tímido, obsesionado con su inferioridad por los muchos fracasos que ha sufrido, se le pueden facilitar los primeros éxitos para animarlo a esforzarse más. Si intenta hacer algo, por tosco que sea el resultado, el examinador debe concederle una Especialidad; y eso normalmente le dará ánimo para seguir practicando hasta ganar más Especialidades y, al final, llegar a tener una capacidad normal.

El examen para conceder insignias no es una competición, sino simplemente una prueba del esfuerzo de cada uno. Por tanto, el Jefe de Tropa y el examinador tienen que trabajar en estrecha armonía, juzgando cada caso por separado según sus méritos y sopesándolo todo para saber cuándo ser generosos y cuándo estrictos.

Algunos opinan que los muchachos deben cumplir al máximo ciertos requisitos antes de considerarlos merecedores de una Especialidad. Eso está muy bien en teoría, y con ese método se consigue que unos pocos muchachos lleguen a ser muy competentes; pero nuestro propósito es que todos se interesen. El Jefe de Tropa que al principio pone a sus muchachos ante una valla que pueden saltar fácilmente los verá salvarla con entusiasmo y confianza en sí mismos; pero si los pone ante una tapia de piedra demasiado alta, los verá acobardarse y ni siquiera intentar saltarla.

Sin embargo, no recomendamos el otro extremo, es decir, casi regalar las Especialidades a cualquiera que demuestre haber aprendido algo insignificante de las tareas asignadas. En realidad, es un asunto en el que los

examinadores deben usar su criterio y su prudencia, sin perder nunca de vista los propósitos fundamentales.

Siempre existirá, sin duda, el peligro de que muchos vayan a la caza de chollos, intentando conseguir Especialidades fácilmente y sin merecerlas. Nuestro propósito es hacer de los muchachos ciudadanos concienzudos, alegres, sensatos y trabajadores, y no personas vanidosas y engreídas. El Jefe de Tropa debe estar siempre atento para frenar la caza de insignias y distinguir al cazador de chollos del trabajador entusiasta y serio.

En otras palabras, el éxito del sistema de Especialidades depende sobre todo del propio Jefe de Tropa y de cómo lo dirija.

Inteligencia

La observación y la deducción son la base de toda la sabiduría humana. Por eso la capacidad de observar y deducir tiene una importancia incalculable para los ciudadanos jóvenes. Los niños tienen una capacidad de observación asombrosamente rápida, pero disminuye con la edad, sobre todo porque las primeras impresiones y experiencias captan toda su atención, y esta va decreciendo a medida que se repiten.

En realidad, la observación es un hábito en el que hay que formar al muchacho, y el rastreo es una manera interesante de lograr que lo adquiera.

En cuanto a la deducción, ya sabemos que es el arte de razonar y sacar el significado de los detalles observados.

Por eso puede decirse que, cuando un muchacho adquiere el hábito de observar y deducir, ha dado sin duda un paso importantísimo en el desarrollo de su carácter.

Así se ve también claramente lo mucho que vale el rastreo para formar ese hábito. El rastreo en el campo y las charlas sobre su práctica deben

entarse como parte de la formación en todas las Tropas scouts.

Además, la inteligencia y el ingenio de los muchachos se desarrollan y se fortalecen mucho con prácticas, simulacros y ejercicios como orientarse con mapas; y también observando puntos de referencia en el campo, calculando alturas y distancias, anotando los rasgos de personas, vehículos y reses, o representando cuentos de Sherlock Holmes adaptados para la ocasión. Del mismo modo, las señales les aguzan el ingenio, les desarrollan la vista y les obligan a estudiar y a concentrarse. La enseñanza de los primeros auxilios tiene también cierto valor educativo.

En las noches de invierno y los días de lluvia, el Jefe de Tropa puede aprovechar bien el tiempo leyendo a los muchachos las principales noticias de los periódicos y ayudándoles a entenderlas con mapas, etc. Otro recurso excelente para animarlos a estudiar y a expresarse sin timidez ni apocamiento es preparar representaciones teatrales sobre episodios de la historia de la región donde viven.

Expresión personal

Nuestra Especialidad de Artista sirve para animar a los muchachos a expresar sus ideas con el dibujo, guiados por su propia capacidad de observación e imaginación, sin pretender hacerse artistas ni imitar a los artistas. Si se anima al chaval a dibujar, aunque sea de una forma tosca y rudimentaria, se le puede enseñar a reconocer lo artístico del color y de las líneas, y a darse cuenta de que incluso en un ambiente sórdido puede haber luz y sombra, color y belleza.

Una fase algo más avanzada de su educación puede empezar animándolo a practicar la fotografía mental, es decir, a observar los rasgos de un paisaje, un suceso o una persona, grabarlos en la memoria y luego reproducirlos en papel.

Esto enseña a ejercitar la capacidad de observación al máximo. Yo mismo he descubierto que, con una práctica constante, uno puede desarrollar en esto una habilidad admirable, que además puede ser muy útil en muchas ocasiones.

Las canciones en coro y las representaciones teatrales son medios excelentes para perfeccionar el arte de expresarse. Además, tienen la ventaja de ser un trabajo en equipo, en el que cada participante aprende su papel e intenta hacerlo bien, no para que lo aplaudan a él, sino para que triunfe todo el grupo.



Luego tenemos el ritmo, una forma de arte que surge de manera espontánea incluso en la mente menos instruida y que se manifiesta en la poesía, la música o el ejercicio físico. Aporta cierto equilibrio y cierto orden que despiertan interés incluso entre los salvajes; y hasta podríamos decir que sobre todo en esos seres humanos que están más en contacto con la naturaleza que los pueblos civilizados. En la música, como es lógico, el ritmo es mucho más evidente y universal que en otras formas. El canto de guerra de los zulúes, por ejemplo, cuando lo entonan a coro cuatro o cinco mil guerreros, es un modelo excepcional de ritmo que combina música, poesía y movimiento.

Y el placer de tocar algún instrumento musical es común a toda la humanidad. El canto, que engarza las palabras, ofrece al alma humana un medio de expresarse que, bien utilizado, da placer tanto al que canta como al que escucha.

El muchacho siente un amor natural por la música, y a través de ese amor se le puede llevar hacia la poesía y los sentimientos más elevados, como por una subida fácil y natural. Eso da al Jefe de Tropa un medio que puede usar enseguida para enseñar a los muchachos a divertirse y, al mismo tiempo, elevar sus pensamientos.

El teatro también debe formar parte de la educación de todo muchacho en el arte de expresar su propia personalidad.

En el colegio me animaron a participar en muchas representaciones teatrales, y después he dado gracias a Dios por aquella oportunidad. Porque así aprendí a ejercitar la memoria, me acostumbré a hablar con claridad y sin nervios ante mucho público y conocí el raro placer de imaginarme, durante un rato, que era otra persona. Además, aquella práctica nos permitió conocer la belleza literaria de obras de teatro famosas y sentir emociones de alegría o tristeza, de amor o compasión, mientras interpretabamos los distintos papeles.

Pero, sobre todo, nos dio el placer y la felicidad de divertir a otras personas en momentos en que necesitaban consuelo o entretenimiento.

Muchas Tropas scouts se dedican al teatro durante los meses de invierno, y así no solo aumentan sus fondos, sino que adquieren una educación valiosa mientras divierten a los demás.

De la afición a la profesión

Las aficiones, las artes manuales, la inteligencia y la salud son los primeros pasos para desarrollar el amor al trabajo y la capacidad de aguantar las luchas de la vida, algo esencial para conseguir el éxito. La segunda fase consiste en preparar al joven trabajador para la clase de trabajo que mejor se ajuste a sus cualidades.

Los mejores trabajadores, y las personas que más disfrutan de la vida, son los que ven su trabajo como una especie de deporte o de juego; y cuanto más entusiasmo ponen en el juego, más disfrutan de su tarea. No sin razón, el famoso historiador H. G. Wells ha dicho: «He observado que los llamados grandes hombres son en realidad personas con corazón de niño; es decir, que son niños por la seriedad con que disfrutan trabajando. Trabajan porque les gusta trabajar, y así su trabajo es en realidad un juego, un placer para ellos. El niño no es solo el padre del hombre: es el hombre mismo, y nunca desaparece».

Otro hombre ilustre, Ralph Parlette, también tiene razón cuando dice: «Jugar es hacer algo por amor; trabajar es hacer algo por obligación».

En el Escultismo intentamos ayudar a los muchachos a adquirir esa actitud, entusiasmándolos con las cosas que interesan a cada uno y que más tarde les serán útiles.

Lo hacemos, ante todo, a través de las diversiones del Escultismo y de su alegría. Después, por etapas, los muchachos pueden ir orientándose de forma natural, sin darse cuenta, hacia su propio desarrollo para el futuro.

La participación del Jefe de Tropa

Basta por ahora sobre la manera en que un muchacho puede prepararse en la práctica, a través del Escultismo, para iniciarse en una profesión. Pero eso solo lo prepara. Todavía está en manos del Jefe de Tropa ayudarle más para que esa profesión o carrera sea provechosa y le traiga éxito:

1. En primer lugar, mostrando al muchacho los medios para completar la formación superficial que ha recibido, con los que probablemente podrá convertir sus aficiones en oficios, por ejemplo. El Jefe de Tropa puede indicarle dónde conseguir una formación técnica superior, cómo obtener becas o puestos de aprendiz, cómo prepararse por su cuenta para ciertas profesiones, cómo invertir sus ahorros, cómo pedir trabajo, etc.
2. En segundo lugar, si conoce las distintas clases de agencias de empleo y cómo utilizarlas, así como las condiciones de trabajo en diversas profesiones, el Jefe de Tropa puede prestar al muchacho una ayuda de valor incalculable, aconsejándole (puesto que ya conoce sus cualidades) sobre el camino en la vida para el que está mejor preparado.

Todo esto significa que el Jefe de Tropa debe investigar e informarse bien sobre estas cuestiones y otras parecidas. En otras palabras, con un poco de trabajo podrá ayudar a muchos de sus scouts a llevar una vida útil, sana y fructífera.

Para cualquier chaval, aunque solo sea un humilde recadero, es muy alentador saber que va por buen camino para ascender cuando hace su trabajo tan bien que su jefe no podría encontrar a nadie mejor. Pero tendrá que mantenerse firme en su buena conducta, sin dejar que los contratiempos o los desánimos lo desvíen del rumbo, porque, si se pierde y se desanima, nunca tendrá éxito. La paciencia y la perseverancia siempre triunfan cuando se va por el buen camino.

Los empleos

El Jefe de Tropa, observando y estudiando el carácter y las habilidades de cada muchacho, puede deducir hasta cierto punto, más o menos, para qué camino en la vida está mejor preparado. Pero debe tener en cuenta que la cuestión del empleo es algo que tienen que resolver los propios muchachos y sus padres.

Es, por tanto, un asunto que debe consultar con los padres, y en el que debe advertirles del peligro de empujar a su hijo a un empleo que no encaja con sus aptitudes solo porque aporta dinero de inmediato. Conviene que intente que el muchacho y sus padres vean las posibilidades futuras que se abrirán si se dan los primeros pasos en la dirección más adecuada, según las circunstancias.

Y aquí es importante distinguir entre los empleos que ofrecen al muchacho oportunidades de progresar y los que no llevan a ninguna parte, es decir, los que no ofrecen perspectivas de ascenso. Estos últimos a menudo dan mucho dinero durante un tiempo y aumentan los ingresos semanales de la familia. Por eso algunos padres los eligen para sus hijos, sin importarleles que no les sirvan para hacerse con una buena profesión o un buen oficio más adelante, cuando sean hombres.

Y los puestos que ofrecen buenas perspectivas de futuro también deben elegirse con cuidado, teniendo en cuenta la capacidad del muchacho. Un empleo que exige una destreza especial puede considerarse, en principio, preferible a otro que no la exige, de cara al éxito futuro del muchacho en la vida. Pero hay que procurar que esta cuestión no se deje para tan tarde que haya pasado ya el momento de que el muchacho se adapte a las normas y exigencias de la carrera que quiere emprender.

4. Servicio al prójimo





El verdadero scout es activo a la hora de hacer buenas acciones.

Las cualidades que hemos tratado hasta ahora son prendas personales cuyo fin es hacer del muchacho un ciudadano trabajador, viril y sano. Pero, hasta cierto punto, tienen un carácter que podríamos llamar egoísta, puesto que solo atañen a su propia persona. Pasemos ahora a la cuarta rama de la formación, con la que el muchacho adquiere una visión más amplia de las cosas y entrega una parte de sí mismo en beneficio de los demás.

Egoísmo

Si alguien me preguntase cuál es el vicio que más abunda en el mundo, respondería: «El egoísmo». Quizá al principio no estéis de acuerdo conmigo, pero creo que, si lo pensáis con detenimiento, acabaréis compartiendo mi opinión. Las estadísticas judiciales demuestran que la mayoría de los delitos se cometen por un exceso de egoísmo, en forma de codicia, venganza, afán de imponerse, etc. Además, casi todo el mundo daría con gusto una limosna para alimentar a un necesitado y se quedaría satisfecho de haber cumplido con su deber; pero quizá muy pocos lo harían si para ello tuvieran que privarse de parte de su propia comida, de su vino o de su postre.

El egoísmo se manifiesta de muchas formas. Fijémonos, por ejemplo, en la política de partidos. Un asunto que, como es natural, tiene varias caras es analizado por algunos como si solo tuviera una: la que a ellos les conviene. Esta ofuscación les hace odiar a quienes no piensan como ellos, y la lucha puede llevarlos a cometer crímenes abominables, que a veces disfrazan con los nombres más altisonantes. Del mismo modo, las guerras entre naciones estallan cuando ninguno de los adversarios quiere ver el punto de vista del otro, porque cada uno está obsesionado, por lo general, con sus propios intereses.

Las huelgas y los cierres patronales son, con frecuencia, ejemplos de un egoísmo exagerado. En muchos casos, los empresarios no han querido reconocer que un hombre que realiza trabajos pesados merece, en justicia, disfrutar de las comodidades y los placeres del mundo como fruto de su esfuerzo, y no vivir condenado a una servidumbre perpetua en beneficio de los accionistas del negocio. Por otra parte, el obrero debe comprender que sin capital no habría trabajo a gran escala, y que los accionistas de una

empresa tienen que obtener alguna ganancia a cambio del riesgo de su inversión.

También en los periódicos encontramos ejemplos de egoísmo: basta leer las cartas de personas de pocas luces que, ante cualquier pequeña contrariedad, acuden a la prensa para airear sus asuntos.

Y aún hay más: ocurre en todas las clases sociales, e incluso en los juegos de los niños. A veces, cuando uno de ellos está descontento porque no ha ganado lo suficiente, abandona de golpe el juego diciendo: «¡No juego más!». Le importa un bledo estropear la diversión de sus compañeros; lo único que quiere es desahogar su despecho.

Medios para extirpar el egoísmo

El Escultismo trata, de forma práctica, de librar al niño de sus hábitos egoístas. Cuando el muchacho se impregna de espíritu caritativo, va por muy buen camino para dominar o arrancar de raíz esas tendencias dañinas.

La primera frase de la Promesa que hace un muchacho al entrar en el Escultismo es: «Cumplir mis deberes para con Dios». Fijaos en que no dice: «Seré leal a Dios». Eso expresaría un simple estado de ánimo, y no el impulso espontáneo a la acción, que es el espíritu activo de la Promesa.

El objetivo principal del Escultismo es ofrecer alguna forma práctica de educación, en lugar de seguir el método de inculcar normas prohibitivas, ya que el muchacho responde mejor a la acción que a la obediencia de mandatos teóricos. Por eso se procura incluir entre sus actividades la costumbre de hacer buenas acciones en la vida diaria, como base de una buena disposición y una cortesía futuras hacia los demás. El fondo religioso de todo esto es común a todas las creencias, y por eso el Escultismo no choca con ningún culto.

Así, el muchacho puede comprender mejor que parte de sus «deberes para con Dios» consiste en desarrollar, como un don sagrado, los sentimientos que Dios ha puesto en él, para que le sean de provecho a lo largo de la vida. Del mismo modo, debe cuidar su cuerpo, sus energías y su vigor reproductor para emplearlos al servicio de Dios; cultivar la mente, cuyas maravillosas facultades (razón, memoria y apreciación) lo elevan por encima de los animales; y engrandecer el alma, animada por el soplo divino del amor, que puede desarrollar si lo expresa y lo practica sin cesar. Así se enseña al muchacho que cumplir sus deberes para con Dios no significa simplemente acogerse a su infinita bondad, sino poner en práctica el elevado principio de «Amaos los unos a los otros».

Lo curioso es que esta obligación de servir a los demás con buenas acciones es lo que antes y con más fuerza despierta el entusiasmo del scout. Aunque parezca algo trivial, sacrificar pequeñas comodidades y placeres personales en favor de los demás es, en realidad, la base sobre la que descansa el espíritu de renuncia en provecho ajeno.

Las buenas acciones más modestas que forman parte del credo del scout son ya el primer paso para desarrollar buenos sentimientos hacia el prójimo. El estudio de la naturaleza y de los animales refuerza la nobleza de sentimientos del muchacho y lo ayuda a vencer esa inclinación a la crueldad que mucha gente considera propia de la niñez, aunque yo, por mi parte, no creo que sea tan común como se supone.

De esas pequeñas buenas acciones el muchacho pasa a socorrer a lesionados y heridos y, de ahí, de forma natural, a salvar vidas en caso de emergencia. Así desarrolla el sentido del deber hacia los demás y la disposición a sacrificarse en cualquier momento de peligro. Todo ello le inculca de nuevo la idea de entrega a su hogar, a su prójimo y a su patria, y lo anima a vivir el patriotismo y la lealtad en un sentido mucho más elevado que el simple gesto mecánico de agitar una bandera.



Servicio a la comunidad

La enseñanza del servicio a los demás no se queda en la teoría, sino que abarca dos aspectos distintos: inculcar el espíritu de benevolencia y ofrecer ocasiones para ejercitarlo en la práctica.

Esta enseñanza se transmite sobre todo con el ejemplo, y el Jefe de Tropa es el primero en darlo con su entrega patriótica al servicio de la juv-

entud, sin otra mira que la satisfacción que le produce y sin esperar ninguna recompensa material.

El Jefe de Tropa da a sus muchachos la oportunidad de practicar sugiriéndoles que presten servicios especiales.

Y los servicios públicos son el mejor campo de formación práctica en el deber hacia la comunidad, porque en ellos el patriotismo y el sacrificio desinteresado se ejercitan llevándolos a la práctica.

La labor de los scouts en tiempos de paz y de guerra, cuando asumen voluntariamente pesadas obligaciones para servir a su patria, demuestra por sí sola su deseo de hacer el bien y su disposición a prepararse a fondo cuando los mueve una buena causa. Este terreno ofrece un medio poderoso para formar de manera práctica al ciudadano ideal.

Como ejemplo de servicio público puede citarse la ayuda que prestan los scouts a la población en caso de incendios y otras catástrofes. Estos servicios son especialmente adecuados para scouts con mucha experiencia en otras tareas, y el hecho de que se les confíen supone para ellos un gran aliciente.

Además, aunque la Tropa se organice y se equipe en un principio para apagar incendios, a medida que gana destreza puede encargarse también de prestar socorro en toda clase de accidentes que ocurran en el vecindario: accidentes de tráfico, asfixias, explosiones, crecidas o inundaciones, descarrilamientos, etc.

Para ello hacen falta, además de los ejercicios habituales, algunas nociones de salvamento y de primeros auxilios en caso de incendio, así como saber localizar y rescatar a las víctimas y prestarles en cada caso la asistencia adecuada, y haberlo practicado. Por ejemplo: conocer las sustancias químicas, manejar botes, saber sacar a una persona del agua, aplicar la respiración artificial, calmar a los animales asustados, actuar ante cables electrificados, líquidos hirviendo, etc.

El Escultismo es una fraternidad en la que no existen distinciones de clase social, religión, nacionalidad ni raza.

En algunos casos conviene que cada Patrulla se especialice en los recursos que exige un tipo concreto de accidente; pero, en general, si las Patrullas se entrenan poco a poco para todos, la Tropa en su conjunto puede alcanzar una eficacia completa.

No obstante, al organizar la Tropa para prestar ayuda en sucesos imprevistos, conviene asignar a cada Patrulla un cometido concreto, dividiendo a los muchachos, por ejemplo, en patrullas de salvamento, de primeros auxilios, de mensajeros, etc.

Se verá que la variedad de tareas que hay que realizar da pie a toda una serie de actividades que despiertan mucho interés en los muchachos.

Para lograr eficacia y destreza es imprescindible practicar movilizaciones de socorro con accidentes simulados.

Después, si esa eficacia se demuestra en público, sin duda llamará la atención de la gente y la animará a colaborar. La clave estará en que se reconozca que este servicio educa a los muchachos y tiene una gran utilidad práctica para todo el mundo.

Efecto posterior

El dominio de uno mismo y el desarrollo del amor y del servicio al prójimo encierran el sentido de la misericordia divina y transforman por completo el corazón de la persona: le dejan ver un reflejo del verdadero paraíso y le dan la gran satisfacción de sentirse parte del grupo de los que hacen el bien.

Entonces la pregunta que se hará el muchacho no será «¿Qué saco yo de esto?», sino «¿Qué puedo dar de mí mismo en la vida?».

Sea cual sea la religión que adopte más adelante, el muchacho habrá aprendido por sí mismo sus fundamentos y, al conocerlos por la práctica, se convertirá en un ciudadano con una amplia visión de bondad y simpatía hacia sus semejantes.

5. Resumiendo



Con entereza de carácter y buen humor, el muchacho vencerá todos los males y tentaciones que le salgan al paso en su marcha por el camino de la virtud.

El objetivo fundamental del Escultismo es tomar el carácter del joven cuando rebosa entusiasmo, moldearlo en la forma adecuada y animar al

o y convertirse en un hombre honrado y un ciudadano útil para su país. Así esperamos contribuir de forma constructiva a fortalecer moral y materialmente a la nación.

Pero, al fomentar las aspiraciones nacionales, corremos el riesgo de volvernos intransigentes y quizá envidiosos de los avances que logran otros países. Si no evitamos esos malos sentimientos, el resultado sería contraproducente: traeríamos el mal justo cuando lo que con tanto empeño buscábamos era escapar de él.

Por suerte para nosotros, el Movimiento Scout cuenta ya con organizaciones hermanas en casi todos los países civilizados del mundo, y hemos formado el núcleo sólido y tangible de una Hermandad Mundial. Además, la fuerza que lo impulsa se ve reforzada por el desarrollo de otro movimiento afín de cooperación: el de las Muchachas Guías.

Por otra parte, el propósito que persigue la educación scout es idéntico en todas las naciones: la eficacia en el servicio al prójimo. Y con esa meta común podemos llegar muy lejos, como Fraternidad Internacional de Servicio, en la noble tarea que nos hemos impuesto.

Mediante la formación que damos al muchacho desarrollamos a la persona, tanto en espíritu como en eficacia, para que sea útil a la población de su país. Partiendo de este principio y subiendo de escala, tratamos de desarrollar en cada nación un verdadero espíritu constructivo, para que su pueblo se esfuerce por trabajar con eficacia en el concierto de todos los países.

Si cada uno de ellos cumple a conciencia el papel que le corresponde, habrá más prosperidad y felicidad en todo el mundo, y por fin conseguiremos lo que tanto hemos anhelado:

Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

